

# “¿Qué me cuentas?”

El texto literario narrativo.



Materiales para el Tratamiento  
Integrado de las Lenguas.

4º de la ESO.

Blanca Valerio. Cristóbal Gamón

BHL



## HIZKUNTZEN TRATAERA BATERATUEN PROGRAMA

### PROGRAMA DE TRATAMIENTO INTEGRADO DE LAS LENGUAS

#### DBHko 4. mailarako materialak / Materiales para 4º de E.S.O.

PROIEKTUA/PROYECTO: Zer kontatuko didazu? ¿Qué me cuentas?

EGILEAK/AUTORAS: Arantza Intxausti y Blanca Valerio. Cristóbal Gamón BHI.

Azken ekoizpena/ Producción final:

- ¿Qué me cuentas?: información sobre la narrativa y sus elementos, recorrido por la narrativa española (lectura y análisis) y creación de un cuento breve.
- Zer kontatuko didazu?: eleberriari buruzko informazioa, analisia eta irakurketak egin ondoren, eleberri motza idazketa.

### Presentación

*¿Qué me cuentas?* Es el título de este proyecto, pero... ¿No os suena esta expresión? Seguro que la habéis oído más de una vez empleada en el registro coloquial cuando amigos o conocidos se encuentran; podríamos decir que equivale a un saludo, a algo así como *¿Qué tal? ¡Cuánto tiempo sin verte!* Esta expresión es a la vez un saludo y una manera de decirle a ese amigo, que no hemos visto hace tiempo, que puede contarnos algo de su vida.

Por otro lado, el empleo de esta expresión supone que el relatar hechos forma parte de nuestra vida cotidiana, y así es; todos contamos lo que hemos hecho durante el día, al llegar a casa tras el trabajo o colegio, así como preguntamos a los demás, aunque lo que vayamos a contar o lo que nos vayan a contar no tenga nada de extraordinario. Contar es una vieja actividad, tan antigua como el hombre. De ella se han nutrido y se nutren buena parte de la literatura, los medios de comunicación de masas, como prensa, televisión o radio, o nuestras conversaciones diarias.

Relatar sucesos, sean reales o imaginarios, es algo innato al ser humano. Todas las culturas tienen en su pasado histórico mitos, leyendas y relatos sobre héroes, dioses y hazañas, transmitidos de generación y generación.

Este proyecto se centra en la actividad de narrar y en el ámbito literario. En primer lugar, repasa y nos hará recordar los aspectos teóricos de la narración (narrador, personajes...). En segundo lugar, haremos un recorrido por toda la narrativa castellana, leyendo y analizando diversos textos narrativos. Después, os tocará escribir un cuento breve, que leeremos en clase.

¡Manos a la obra! Empezamos por echar un vistazo al eje de la unidad.

## Eje de la unidad

<b>ACTIVIDAD DE MOTIVACIÓN</b>
<b>Actividad 0:</b> Cuéntame un cuento
<b>SECUENCIA 1- ¿QUÉ ES LA NARRATIVA?</b>
<b>Actividad 1:</b> ¿Qué es narrar?
<b>Actividad 2:</b> Los elementos de la narración.
<b>Actividad 3:</b> El marco narrativo: espacio y tiempo de la historia
<b>Actividad 4:</b> Narración, descripción y diálogo van de la mano.
<b>SECUENCIA 2- ANTOLOGÍA DE TEXTOS NARRATIVOS</b>
<b>Actividad 5:</b> Ten en cuenta lo que te cuento. Don Juan Manuel y <i>Los cuentos del Conde Lucanor</i>
<b>Actividad 6:</b> La prosa del siglo de Oro. Cervantes y <i>El ingenioso hidalgo don Quijote de La Mancha</i>
<b>Actividad 7:</b> El Neoclasicismo: La razón y la educación. Félix M <sup>a</sup> de Samaniego y <i>La Lechera</i>
<b>Actividad 8:</b> La primera mitad del siglo XIX. La prosa romántica. Larra y los artículos periodísticos. ( <i>Vuelva usted mañana</i> )
<b>Actividad 9:</b> La segunda mitad del siglo XIX. La prosa posromántica. Gustavo Adolfo Bécquer y las <i>Leyendas</i>
<b>Actividad 10:</b> La segunda mitad del siglo XIX. La prosa del Realismo. Emilia Pardo Bazán y <i>La capitana</i> .
<b>Actividad 11:</b> Llegamos al siglo XX. Wenceslao Fernández Flórez y <i>Yo y el ladrón</i>
<b>SECUENCIA 3- ÉRASE UNA VEZ...</b>
<b>Actividad 12:</b> Planificamos la historia y todos sus elementos.
<b>Actividad 13:</b> Escribimos el borrador del cuento.
<b>Actividad 14:</b> Revisamos el borrador y lo corregimos, antes de entregarlo.
<b>SECUENCIA 4- ÉSTOS SON NUESTROS CUENTOS.</b>
<b>Actividad 15:</b> Leemos y valoramos los cuentos.
<b>AUTOEVALUACIÓN</b>

## ACTIVIDAD DE MOTIVACIÓN

### Actividad 0: Cuéntame un cuento

Vamos a leer un cuento de forma dramática: necesitaremos tres voluntarios para hacerlo, uno de ellos será el protagonista del cuento, que también es el narrador, otro será el autostopista y un tercero el agente de policía. ¿A quién le apetece leer?

¡Ah! Un pequeño detalle, el cuento no está terminado. Cuando acabemos de leerlo, pondremos a prueba vuestra imaginación. En grupos de tres, imaginaréis un final para la historia; después lo deberéis escribir y entregarlo al profesor; seguidamente leeréis el verdadero final en clase.

#### EL AUTOSTOPISTA

Roald Dahl (1916)

Tenía un coche nuevo. Era un juguete excitante, un enorme BMW 3.3 Li, lo cual significa 3.3 litros, larga distancia entre los ejes, inyección de combustible. Tenía una velocidad punta de doscientos kilómetros por hora y una aceleración tremenda. La carrocería era de color azul pálido. Los asientos eran de azul más oscuro y estaban hechos de cuero, cuero auténtico, suave, de la mejor calidad. Las ventanillas funcionaban por medio de electricidad, igual que el tejadillo. La antena subía cuando conectaba la radio y bajaba de nuevo cuando la desconectaba. El potente motor gruñía de impaciencia cuando circulaba a poca velocidad, pero cuando sobrepasaba los noventa kilómetros por hora cesaban los gruñidos y el motor ronroneaba de placer.

Un hermoso día de junio cogí el coche y me fui a Londres yo solito. Los campos estaban en plena recolección del heno y había ranúnculos a ambos lados de la carretera. Conducía tranquilamente a ciento diez por hora, cómodamente instalado en el asiento sin más que un par de dedos apoyados en el volante para mantener la dirección. Ante mí vi a un hombre que hacía autostop. Apreté el freno de pie y detuve el coche a su lado. Siempre me detenía cuando veía algún autostopista. Sabía por experiencia cómo se sentía uno cuando se encontraba junto a una carretera rural viendo cómo los coches pasaban sin detenerse. Odiaba a los automovilistas por fingir que no me veían, especialmente los de los automóviles grandes con tres asientos desocupados. Los coches grandes y caros raramente se paraban. Siempre eran los más pequeños los que se brindaban a llevarte; o los viejos o los herrumbrosos, o los que iban llenos de críos hasta los topes y cuyo conductor decía “Me parece que, apretándonos un poco, aún cabe otro más”.

El autostopista metió la cabeza por la ventanilla y preguntó:

-¿Va usted a Londres, jefe?

-Sí –contesté–. Suba.

Subió y proseguí mi viaje.

Era un hombre bajito con cara ratonil y dientes grises. Sus ojos eran negros, vivos e inteligentes, como los ojos de una rata, y tenía las orejas ligeramente puntiagudas por su parte superior. Se cubría la cabeza con una gorra de paño y llevaba una chaqueta grisácea de bolsillos enormes. La chaqueta gris, junto con los ojos vivos y las orejas puntiagudas, le hacía parecerse más que a nada a una especie de enorme rata humana.

-¿A qué parte de Londres se dirige? –le pregunté.

-Pienso atravesar Londres de parte a parte y salir por el otro lado –dijo-. Voy a Epsom, a las carreras. Hoy es el día del Derby.

-En efecto –dije-. Ojalá fuera yo como usted. Me gusta mucho apostar a los caballos.

-Yo nunca apuesto a los caballos –dijo-. Ni siquiera los miro cuando corren. Me parece una cosa estúpida.

-¿Entonces por qué va? –pregunté.

Al parecer, la pregunta no le gustó. Su cara pequeña y ratonil se mostró absolutamente inexpresiva y clavó los ojos en la carretera, sin decir una palabra.

-Supongo que trabajará usted como encargado de apostar o algo parecido –dije.

-Eso es aún más estúpido –contestó-. No resulta divertido encargarse de las cochinas máquinas y vender boletos a los bobos. Eso puede hacerlo cualquier imbécil.

Se produjo un largo silencio, decidí no hacerle más preguntas. Recordé que en mis días de autostopista me molestaba mucho que los automovilistas me hicieran todo el tiempo preguntas [...]

-Le pido perdón –dije-. Lo que usted haga o deje de hacer no es asunto mío. Lo malo es que soy escritor y la mayoría de los escritores somos muy fisgones.

-¿Escribe usted libros? –preguntó.

-Sí.

-Escribir libros está bien –dijo-. Es lo que llamo un oficio especializado. Yo también soy un trabajador especializado. La gente a la que desprecio es la que se pasa la vida haciendo algún trabajo rutinario, de esos para los que no se necesita ninguna especialización. ¿Entiende lo que quiero decirle?

-Sí.

-El secreto de la vida –dijo- es llegar a ser muy, pero que muy bueno en algo que resulte muy difícil de hacer.

-Como usted –dije.

-Exactamente como usted y como yo.

-¿Qué le hace pensar que soy bueno en mi trabajo? –pregunté-. Los malos escritores abundan.

-No llevaría usted un coche como éste si no hiciera bien su trabajo de escritor –contestó-. Le habrá costado un montón de dinero este cacharrito.

-Desde luego no es barato.

-¿Qué velocidad máxima puede alcanzar? –preguntó.

-Doscientos kilómetros por hora –le dije.

-Apuesto a qué no.

-Apuesto a que sí.

-Todos los fabricantes de coches son unos embusteros –dijo-. Puede comprar el coche que más le guste y verá que no hace nada de lo que dicen los anuncios.

-Éste sí.

-Apriete el acelerador y demuéstrelo –dijo-. Vamos, jefe, pise a fondo, y veamos qué es capaz de ver y de hacer.

Hay un cruce giratorio en Chalfont Saint Peter e inmediatamente después viene una sección larga y recta de carretera de doble calzada. Salimos del cruce y, al coger la citada carretera, pisé el acelerador. El cochazo dio un salto hacia delante como si acabasen de pincharle. En cuestión de unos diez segundos alcanzamos los ciento cuarenta.

-¡Espléndido! –exclamó-. ¡Magnífico! ¡Siga, siga!

Apreté el acelerador hasta el fondo y lo mantuve clavado contra el suelo.

-¡Ciento sesenta! –gritó-. ¡Ciento ochenta!... ¡Ciento ochenta y cinco! ¡Siga, siga! ¡No afloje!

Iba por la calzada exterior y adelantamos a varios coches que parecían parados: un “Mini” verde, un “Citroen” grande color crema, un “Land Rover” blanco, un enorme camión blanco que llevaba un contenedor en la parte trasera, un minibús “Volkswagen” de color naranja...

-¡Ciento noventa! –gritó mi pasajero, pegando botes en el asiento-. ¡Siga! ¡Adelante! ¡Alcance los doscientos siete!

En aquel momento oí el alarido de una sirena de la policía. Sonaba tan fuerte que parecía estar dentro del coche. Luego apareció un motorista a nuestro lado, nos adelantó y levantó una mano para que nos detuviéramos.

-¡Bendita sea mi tía! –dije-. ¡Nos han pillado!

El policía debía ir a doscientos diez cuando pasó por nuestro lado, ya que tardó mucho tiempo en aminorar la marcha. Finalmente detuvo la moto en el arcén y yo paré el coche detrás de él.

-No sabía que las motos de la policía podían correr tanto –dije sin mucha convicción.

-Ésa sí puede –dijo mi pasajero-. Es de la misma marca que su coche. Es una “BMW R90S”, la moto más rápida que existe. Ésa es la que utilizan hoy en día.

El policía se apeó de la moto y la aparcó en batería. Luego se quitó los guantes y los depositó cuidadosamente sobre el sillín de la máquina. Ya no tenía prisa. Nos tenía donde quería tenernos y lo sabía.

-Esto se pone feo –dije-. No me gusta ni pizca.

-No hable con él más de lo estrictamente necesario, ¿me comprende? –dijo mi compañero-. Estése quietecito y con la boca cerrada.

Como un verdugo acercándose a su víctima, el policía echó a andar lentamente hacia nosotros. Era un hombre carnoso, corpulento y barrigudo y los pantalones azules le

quedaban muy ceñidos a sus enormes muslos. Se había colocado las gafas sobre el casco, dejando al descubierto una cara rojiza de anchas mejillas.

Seguimos sentados en el coche, como dos colegiales pillados en falta, aguardando su llegada.

-Cuidado con ese hombre –susurró mi pasajero-. Tiene cara de malas pulgas.

El policía se acercó a mi ventanilla y apoyó una mano carnosa en el marco.

-¿A qué viene tanta prisa? –dijo.

-No hay prisa alguna, agente –contesté.

-Quizá lleva una mujer a punto de dar a luz en la parte trasera y corría para llegar a tiempo al hospital. ¿Se trata de eso?

-No, agente.

-¿O tal vez se ha incendiado su casa y corría usted a salvar a su familia, atrapada por las llamas en el piso de arriba? –su voz resultaba amenazadoramente tranquila y burlona.

-Mi casa no se está quemando, agente.

-En tal caso –dijo-, se ha metido usted en un buen lío, ¿no le parece? ¿Sabe usted cuál es el límite de velocidad en este país?

-Ciento veinte –dije.

-¿Y le importaría decirme exactamente qué velocidad llevaba hace unos momentos?

Me encogí de hombros y no dije nada.

Cuando volvió a hablar, levantó tanto la voz que pegué un bote.

-¿Ciento noventa kilómetros por hora? –chilló-. ¡Eso representa setenta kilómetros por encima del máximo permitido!

Volvió la cabeza y soltó un enorme escupitajo, el cual aterrizó en el guardabarros de mi coche y empezó a bajar deslizándose por mi hermosa pintura azul. Luego volvió la cabeza de nuevo y miró severamente a mi pasajero.

-¿Y usted quién es? –preguntó secamente.

-Es un autostopista –dije-. Le he recogido en la carretera.

-No se lo he preguntado a usted –cortó el policía-. Sea como sea, es usted testigo. Me ocuparé de usted dentro de un minuto. El permiso de conducir –dijo secamente, alargando una mano.

Se desabrochó el bolsillo izquierdo del pecho de la guerrera y extrajo el temido talonario de multas. Copió cuidadosamente el nombre y la dirección que constaban en el permiso y luego me lo devolvió. Dio la vuelta hasta colocarse delante del coche, leyó el número de la matrícula y lo anotó también. Luego escribió la fecha, la hora y los detalles de la infracción cometida por mí. Después arrancó el original y me lo entregó, no sin antes comprobar que toda la información constase claramente en la copia del talonario. Finalmente se guardó el talonario en el bolsillo de la guerrera y abrochó el botón.

-Ahora usted –dijo a mi pasajero, dando la vuelta al coche para colocarse, junto a la otra ventanilla. Del otro bolsillo de la guerrera extrajo una libretita de tapas negras-.  
¿Nombre? –inquirió secamente.

-Michael Fish –contestó mi pasajero.

-¿Dirección?

-Catorce de Windsor Lane, Luton.

-Enséñeme algo que demuestre que éstos son su nombre y dirección verdaderos –dijo el policía.

Mi pasajero rebuscó en sus bolsillos y finalmente sacó su propio permiso de conducir. El policía comprobó el nombre y la dirección y le devolvió el permiso.

-¿Cuál es su oficio? –preguntó.

-Soy portador de capachos.

-¿Cómo dice?

-Portador de capachos.

-Haga el favor de deletrearlo.

-P-O-R-T-AD-O-R D-E C-A...

-Ya basta. ¿Y se puede saber qué es un portador de capachos?

- Un portador de capachos, agente, es una persona que sube el cemento por la escalera para entregárselo al albañil. Y el capacho es donde se transporta el cemento. Tiene un asa muy larga y en la parte superior hay dos trozos de madera colocados en ángulo.

-De acuerdo, de acuerdo. ¿Para quién trabaja?

-Para nadie. Estoy parado.

El policía tomó nota de todo en la libreta de tapas negras. Luego se la guardó en el bolsillo y abrochó el botón.

-Cuando vuelva al cuartelillo haré unas cuantas comprobaciones para ver si usted me ha dicho la verdad –dijo a mi pasajero.

-¿Yo? ¿Qué mal he hecho? –preguntó el hombre con cara de rata.

-No me gusta su cara, eso es todo –dijo el policía-. Y podría ser que tuviéramos una foto suya en los archivos –volvió a dar la vuelta al coche y se colocó junto a mi ventanilla-. Supongo que se dará usted cuenta de que está en serios apuros –dijo, dirigiéndose a mí.

-Sí, agente.

-No volverá a conducir este coche de fantasía durante una larga temporada cuando hayamos terminado con usted. Bien pensado, no volverá a conducir ningún coche durante varios años. Y se lo tiene merecido. Espero que le encierren para acabar de redondear la cosa.

-¿Quiere decir en la cárcel? –pregunté, alarmado.

-No le quepa duda –dijo, relamiéndose-. En chirona. Entre rejas. Junto con todos los demás delincuentes que infringen la ley. Y encima una buena multa. Nadie se alegrará

de ello más que yo. Les veré a los dos en el juzgado. Ya recibirán la correspondiente citación.

Se volvió de espaldas y echó a andar hacia su moto. Plegó el soporte con un pie y pasó la pierna por encima del sillín. Luego dio un puntapié al mecanismo de arranque y se perdió de vista en medio del estruendo del motor.

*El autostopista*

(continuación)

## SECUENCIA 1- ¿QUÉ ES LA NARRATIVA?

### Actividad 1: ¿Qué es narrar?

Antes de nada, vamos a aclarar términos. Vais a leer las definiciones que se recogen a continuación y seguidamente confeccionaréis una definición lo más completa posible del término *narración literaria*.

Se denomina **narración** al resultado de la acción de *narrar*, esto es, de referir lingüística o visualmente una sucesión de hechos que se producen a lo largo de un tiempo determinado y que, normalmente, da como resultado la variación o transformación, en el sentido que sea, de la situación inicial.

[es.wikipedia.org/wiki/Narraci3n](https://es.wikipedia.org/wiki/Narraci3n)

Una narración es un relato en el que intervienen diferentes **elementos**: **personajes** que realizan **acciones** en un **espacio** y **tiempo** determinados. Estas acciones se basan en un **conflicto o situación inicial** que las genera. Estas historias son contadas por un **narrador**.

[www.proyectosalohogar.com/.../La\\_Narracion.htm](http://www.proyectosalohogar.com/.../La_Narracion.htm)

Narrar es **contar**. La narración es un tipo de texto en el que se cuentan hechos reales o imaginarios. Al abordar el análisis de los textos narrativos es necesario estudiar la **historia** y las acciones que la componen (**argumento**), los **personajes** que las llevan a cabo, el **tiempo** y el **espacio** donde se desarrollan, cómo se ordenan todos estos elementos (**estructura**) y desde qué **punto de vista** se cuentan.

[www.materialesdelengua.org/.../narracion/narracion.htm](http://www.materialesdelengua.org/.../narracion/narracion.htm)

La narración es una modalidad discursiva que se utiliza para contar una historia, un acontecimiento o una serie de hechos que les suceden a unos personajes en un tiempo y espacio definidos. Es frecuente que la narración se mezcle con otra modalidad discursiva como la *descripción*. Surge así el *texto narrativo descriptivo* en el que, además, es posible distinguir otra modalidad discursiva que es el diálogo de los personajes.

Narrar es contar hechos que acaecen a personajes en un tiempo y lugar específico, tales hechos pueden ser reales (noticias, crónicas anécdotas, etc.) o bien, ficticios (cuentos, fábulas, novelas, poemas épicos, leyendas, mitos). Se encuentran textos narrativos tanto en los libros de historia, en las noticias y en las crónicas de los diarios como en las obras de ficción (cuentos, novelas, etc.).

La narración informativa tiene como finalidad dar a conocer al lector determinados sucesos con la mayor objetividad posible, generalmente en un orden cronológico lineal y con un lenguaje despojado, es decir, poco adjetivado.

La narración literaria es un texto de ficción, donde las situaciones que se cuentan forman parte de una trama narrativa que crea suspenso y que capta el interés del lector.

Dentro de la narración literaria, existen diferentes tipos de narraciones. Las Narraciones Realistas cuentan hechos verosímiles que no vulneran las convenciones de lo real. Podrían acontecer o haber acontecido. Las Narraciones Fantásticas, en cambio, cuentan hechos inverosímiles. El mundo de este tipo de relatos está poblado por hadas, seres extraordinarios e inmortales, animales que hablan, personajes que viajan en el tiempo y en el espacio, etc.

[www.educacionpopular.cl/.../Conceptos%20%20Literarios.pdf](http://www.educacionpopular.cl/.../Conceptos%20%20Literarios.pdf)

#### Narración literaria

## Actividad 2: Elementos de la narración

En los textos narrativos se pueden aislar diversos elementos, a los que denominamos elementos de la narración. Vamos a ir estudiándolos detenidamente en castellano, luego los trabajaréis también en Euskara.

**2.A.** La narración está formada por una serie de acontecimientos que les suceden a unos personajes. Estos acontecimientos conforman la **acción o argumento de la narración**. Y estos sucesos, que conforman la historia, se pueden ordenar de diferentes formas; a este orden le llamamos **estructura narrativa**. La estructura más frecuente organiza los acontecimientos en *planteamiento, nudo y desenlace*, y sigue el orden lineal o cronológico de los acontecimientos. Esta estructura básica puede transformarse cambiando el momento del comienzo de la historia, dando así lugar a estructuras diferentes:

- *In media res* (En mitad del asunto): La acción se sitúa en medio del relato, vuelve atrás para narrar desde el comienzo y cuando llega al centro prosigue linealmente hacia el final
- *In extrema res* (Al final del asunto): Se inicia el relato por el final de la historia, se vuelve hasta el comienzo y se prosigue el relato cronológicamente.

En otros casos, el autor opta por la ruptura temporal, y hace saltos en el tiempo:

- **Flash-back (retrospección o analepsis)**: El narrador traslada la acción al pasado.
- **Flashforward (anticipación o prolepsis)**: El narrador anticipa acciones, se adelanta en el tiempo.

Algunas narraciones presentan otra estructura, poco utilizada y surgida en el siglo XX, cuando las técnicas narrativas fueron objeto de renovación y experimentación. Es la llamada **técnica del contrapunto**, en ella se presentan unas secuencias deslavazadas, aparentemente sin conexión entre sí, a las que se vuelve una y otra vez. A medida que avanza la obra, el lector debe reconstruir la relación que existe entre las diferentes secuencias, así como su orden cronológico.

Todas estas clases de estructuras son las que se utilizan también en las películas o en las series. Colocados de tres en tres, vais a pensar y anotar

títulos de películas, series o novelas con sus respectivas estructuras narrativas.  
Tratad de elegir una película por cada tipo de estructura.

Tipo de estructura	Título
Lineal	
In media res	
In extrema res	
Con flashback o flashforward	
Estructura de contrapunto	

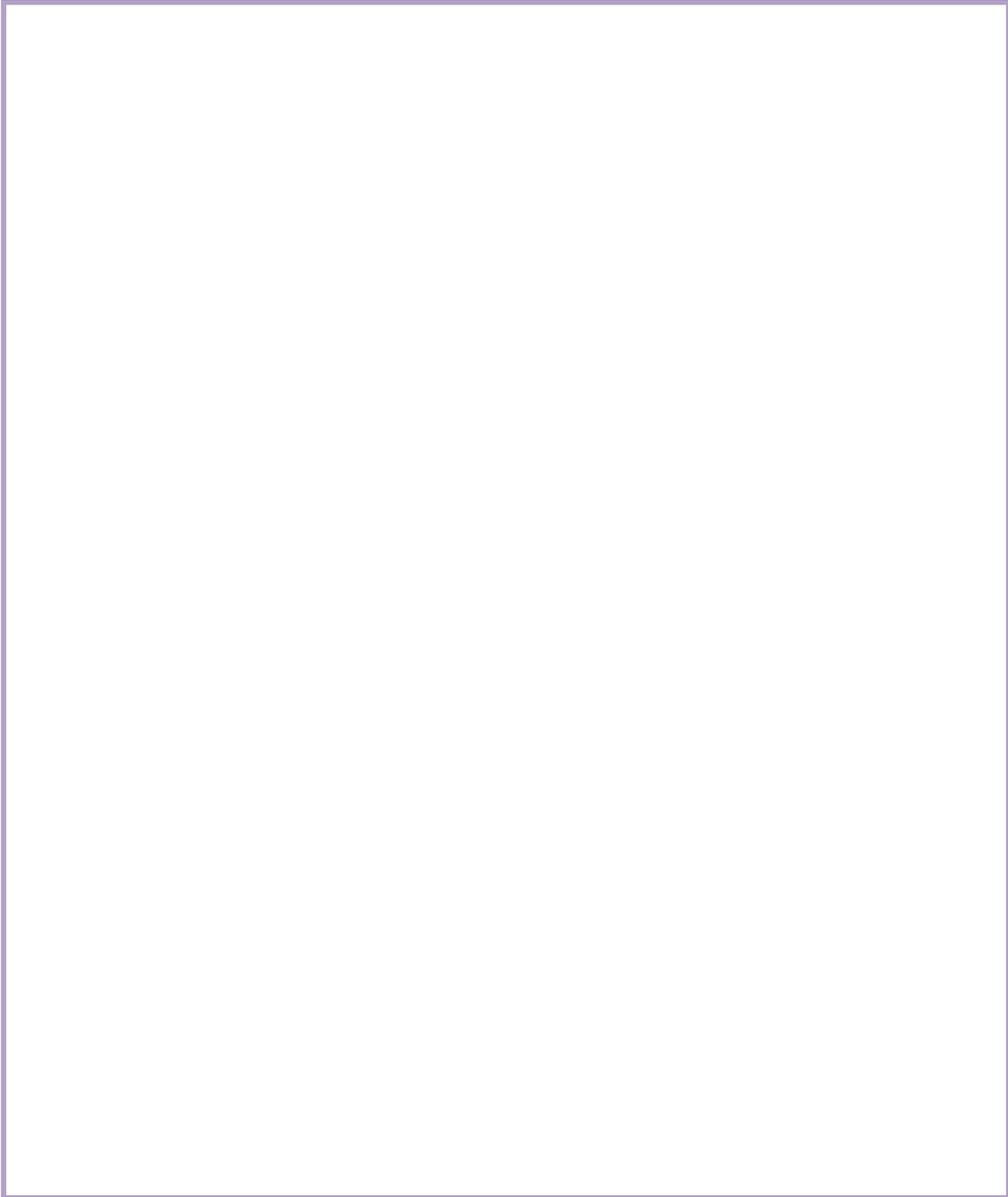
Individualmente lee los hechos que van a continuación y ordénalos con números del 1 al 6, reescribiendo la historia.

<i>El conejo se asustó mucho al oír lo que decía la lechuza y enseguida se puso a pensar cómo podría librarse de sus garras.</i>	<i>Había una vez un conejo que siempre tenía mucho miedo y no se atrevía a salir de su madriguera.</i>
<i>La lechuza saludó al conejillo con toda amabilidad y le dijo que le apetecía cenar un tierno conejo.</i>	<i>Un día, el conejo, como tenía mucha hambre, salió al campo y vio a una lechuza que lo miraba con ojos glotones.</i>
<i>La lechuza se relamió al pensar en las sabrosas palomas y, sin pensarlo un momento, echó a volar para cazarlas.</i>	<i>Entonces, el conejo miró al cielo y, al ver las estrellas, le dijo a la lechuza que por el cielo volaban siete palomas blancas muy rollizas.</i>

Ahora que tienes la historia ordenada, contesta. ¿Qué orden has seguido para realizar el ejercicio?

---

Transforma el texto, cambiando la estructura, utiliza la técnica in extrema res.



**2B.** Pasamos a otro elemento imprescindible en cualquier narración: **el narrador**. Antes de nada, hay que mencionar que narrador y autor no son lo mismo, no hay que confundir estos dos conceptos. El narrador es un elemento propio de la obra literaria, no tiene existencia fuera de ella; en cambio, el autor es el creador de esa obra y tiene una existencia real.

Existen diversos **tipos de narrador**:

- **Interno:** El narrador que cuenta la historia forma parte de la misma. En los textos en los que el narrador es interno, hay marcas de su presencia como la utilización de la primera persona en el relato. Este narrador interno puede ser:

- **Narrador-protagonista:** el narrador es el protagonista que cuenta su propia historia en primera persona. Un ejemplo de este tipo de narrador podemos encontrarlo en el *Lazarillo de Tormes*

Pues sepa vuestra merced ante todas cosas que a mí llaman Lázaro de Tormes, hijo de Tomé González y de Antonia Pérez, naturales de Tejares, aldea de Salamanca. Mi nacimiento fue dentro del río Tormes, por la cual causa tomé el sobrenombre, y fue desta manera. Mi padre, que Dios perdone, tenía cargo de proveer una molienda de una aceña, que está ribera de aquel río, en la cual fue molinero más de quince años; y estando mi madre una noche en la aceña, preñada de mí, tomóle el parto y parióme allí: de manera que con verdad puedo decir nacido en el río.

- **Narrador-testigo:** Es un personaje de pleno derecho en la historia, implicado en mayor o menor grado en la acción, de trato más o menos cercano con los personajes principales, y que se dirige al lector en primera persona. Se caracteriza porque puede transmitir bastante información al lector ya que puede conocer cartas, diarios, conversaciones entre otros personajes...

No era el hombre más honesto ni el más piadoso, pero era un hombre valiente. Se llamaba Diego Alatriste y Tenorio, y había luchado como soldado en los tercios viejos de en las guerras de Flandes. Cuando yo lo conocí malvivía en Madrid...

Arturo Pérez Reverte El capitán Alatriste

- **Externo:** En otros textos, en cambio, el narrador se sitúa fuera de la historia y no podemos encontrar ninguna marca de su presencia. Es un narrador en tercera persona. El narrador externo puede ser:

- **Omnisciente:** El narrador sabe más que los personajes. Se trata de un punto de vista prácticamente ilimitado. El lector recibe una información completa sobre los sentimientos, ideas y emociones de los personajes. *La Regenta* de Clarín

Ana Ozores no era de los que se resignaban. Todos los años, al oír las campanas doblar tristemente el día de los Santos, por la tarde, sentía una angustia nerviosa que encontraba pábulo en los objetos exteriores, y sobre todo en la perspectiva ideal de un invierno, de otro invierno húmedo, monótono, interminable, que empezaba con el clamor de aquellos bronces. Aquel año la tristeza había aparecido a la hora de siempre.

- **Narrador objetivo:** Se trata de un narrador deficiente, intenta no mostrar su presencia y trata de reproducir tan solo lo que puede verse u oírse. El narrador sabe menos que los personajes, da menos información que estos. Este tipo de narrador es moderno. *El Jarama* de Sánchez Ferlosio

-Bueno, ya no te rías, para ya de reírte, déjate de eso, anda, escucha, ¿me quieres escuchar?

-Mujer, ¿también te molesta que me ría?

Lucita se incorporaba; quedó sentada junto a Tito; le dijo

-Que no, si no es eso, es que ya te has reído...

- **De primer nivel/de segundo nivel:** En ocasiones una narración se inserta en otra. En este caso hablamos de dos narradores: el de primer nivel y el de segundo nivel. Por ejemplo en los *Cuentos del conde Lucanor* el primer nivel de narración es el del conde pidiendo consejo a su ayo Patronio; en este nivel existe un narrador de primer nivel externo a la historia; el segundo nivel de narración es el de Patronio contando y aplicando un cuento a la situación del conde; en este segundo nivel el narrador es el propio personaje: Patronio.

Una vez estaba hablando apartadamente el Conde Lucanor con Patronio, su consejero, y le dijo:

-Patronio, un hombre ilustre, poderoso y rico, no hace mucho me dijo de modo confidencial que, como ha tenido algunos problemas en sus tierras, le gustaría abandonarlas para no regresar jamás, y, como me profesa gran cariño y confianza, me querría dejar todas sus posesiones, unas vendidas y otras a mi cuidado. Este deseo me parece honroso y útil para mí, pero antes quisiera saber qué me aconsejáis en este asunto.

-Señor Conde Lucanor -dijo Patronio-, bien sé que mi consejo no os hace mucha falta, pero, como confiáis en mí, debo deciros que ese que se llama vuestro amigo lo ha dicho todo para probaros y me parece que os ha sucedido con él como le ocurrió a un rey con un ministro.

El Conde Lucanor le pidió que le contara lo ocurrido.

-Señor -dijo Patronio-, había un rey que tenía un ministro en quien confiaba mucho.[...]

Ahora os toca analizar los narradores de estos textos. Leerlos y marcar en ellos las palabras que os han indicado qué clase de narrador se ha utilizado.

Luego se habían metido poco a poco las dos y se iban riendo, conforme el agua les subía por las piernas y el vientre y la cintura. Se detenían, mirándose, y las risas les crecían y se les contagiaban como un cosquilleo nervioso. Se salpicaron y se agarraron dando gritos, hasta que ambas estuvieron del todo mojadas, jadeantes de risa.

La mañana del 4 de octubre, Gregorio Olías se levantó más temprano de lo habitual. Había pasado una noche confusa, y hacia el amanecer creyó soñar que un mensajero con antorcha se asomaba a la puerta para anunciarle que el día de la desgracia había llegado al fin.

A los seis años ya había captado por completo su entorno mediante el olfato. No había ningún objeto en casa de madame Gaillard, ningún lugar en el extremo norte de la rue Charonne, ninguna persona, ninguna piedra, ningún árbol, arbusto o empalizada, ningún rincón, por pequeño que fuese, que no conociera, reconociera y retuviera en su memoria olfativamente, con su identidad respectiva. Había reunido y tenía a su disposición diez mil, cien mil aromas específicos, todos con tanta claridad, que no sólo se acordaba de ellos cuando volvía a olerlos, sino que los olía realmente cuando los recordaba; y aún más, con su sola fantasía era capaz de combinarlos entre sí, creando nuevos olores que no existían en el mundo real.

Hace muchos años tuve un amigo que se llamaba Jim, y desde entonces nunca he vuelto a ver a un norteamericano más triste. Desesperados he visto muchos. Tristes como Jim, ninguno. Una vez se marchó a Perú, en un viaje que debía durar más de seis meses, pero al cabo de poco tiempo volví a verlo.

En aquellos días, la Sara huía a los bosques llevando de la mano a Roque, el Moñigo. Pero éste no sentía tampoco temor de los aviones, ni de las bombas. Corría porque veía correr a todos y porque le divertía pasar el tiempo tontamente, todos reunidos en el bosque, acampados allí, con el ganado y con los enseres, como una cuadrilla de gitanos. Roque, el Moñigo, tenía entonces seis años....

	Clase de narrador	Ejemplos
Texto 1		
Texto 2		
Texto 3		
Texto 4		
Texto 5		

**2C.** ¿Habéis leído alguna vez alguna historia sin **personajes**? Ellos son otro elemento imprescindible del texto narrativo. El personaje es una entidad lingüística que forma parte del relato, como el tiempo, el espacio o el mismo narrador. Por eso el personaje de un relato puede tener la forma de una persona, un animal e, incluso, de un objeto. En cualquier caso los personajes son los encargados de hacer que la historia progrese, que se pase de una situación inicial a otra distinta y así sucesivamente. Los personajes se pueden clasificar desde diferentes puntos de vista:

- **Protagonistas y secundarios:** Los protagonistas serán personajes que deben evolucionar a lo largo de la novela, pueden identificarse también por ser aquellos de los que más se habla. Los secundarios tienden a ser más estáticos y, obviamente, tienen menor importancia en el desarrollo de la trama.
- **Individuales y colectivos:** la mayoría de los personajes son individuales, tienen un carácter y una personalidad propios. Pero también podemos encontrar personajes colectivos, como en *La colmena* de Cela.
- **Planos y redondos:** esta distinción se hace en base a la personalidad de los personajes.
  - **Personajes planos:** Son creados a partir de una idea, cualidad o defecto, no evolucionan a lo largo de la narración, es decir, no cambian o varían a lo largo de la historia. Son seres simples y típicos. El lector ya los conoce y sabe cómo actuarán. No pueden sorprenderlo.
  - **Personajes redondos:** Son aquellos que no encarnan una cualidad o un defecto. Se definen por su profundidad psicológica y porque muestran en el transcurso de la narración las múltiples caras de su ser. El lector no los conoce de antemano, por lo que no sabe cómo actuarán. Evolucionan, cambian; pudiendo sorprender al lector con su comportamiento. Tienen como las personas cualidades y defectos.

En cuanto a la **caracterización**, el personaje queda caracterizado por tres elementos que pueden combinarse o aparecer separados: la descripción, las acciones y las palabras del propio personaje. También contribuyen a construir el personaje los comentarios del narrador o de otros personajes sobre uno determinado. La descripción aparece cuando se presenta al personaje por primera vez o cuando se dan rasgos del mismo a lo largo de la narración. Esta descripción supone tanto rasgos físicos como rasgos de carácter. Las acciones que realiza o propicia dan, evidentemente, noticia de cómo es y de cómo se transforma, con lo que contribuye al desarrollo de la propia trama de la narración. Por último, la representación de las palabras dichas o pensadas por

el personaje, además de mostrar sus ideas, sentimientos, etc., permiten conformar el personaje desde una perspectiva cultural, social...

Para terminar con los personajes, en grupos de cuatro, vais a clasificar a los personajes de una de estas dos novelas, que hemos leído en este curso: *El príncipe de la niebla* de C. Ruiz Zafón o *El Maestro oscuro* de César Mallorquí. Seguidamente pondremos en común el resultado de vuestro análisis.

**Novela elegida:**

**Personajes:**

### **Actividad 3: El marco narrativo: espacio y tiempo de la historia.**

El marco narrativo está constituido por el tiempo y el espacio. El tiempo expresa el orden en que transcurren los hechos que se cuentan. Y el espacio, los diferentes lugares o espacios en los que se desarrolla la acción. El lector conoce cuál es el tiempo y el espacio de la historia gracias a las marcas temporales y espaciales que van apareciendo a lo largo del relato. Estas marcas pueden ser fechas concretas (el 25 de octubre de 1895), lugares (la Plaza Mayor de Madrid), adverbios de lugar y tiempo (aquí, entonces, ayer...), conectores espaciales o temporales (más arriba, hace mucho tiempo, después, antes de, a la derecha...)

**El tiempo:** Al tratar el tiempo debemos distinguir entre **el tiempo externo**, que hace referencia a la época en que se sitúan los acontecimientos que forman parte de la historia, y **el tiempo interno**, el tiempo propio de la narración. Éste es el tiempo en el que transcurre la historia. Dentro del tiempo interno hay que distinguir:

- **El tiempo de la historia:** es el tiempo transcurrido desde que comienzan los hechos del relato hasta que terminan (por ejemplo, en el Quijote desde que comienza la historia hasta la muerte de don Quijote pasan unos tres meses)
- **El tiempo del discurso:** es el tiempo que dura los acontecimientos contados (por ejemplo, en el Quijote no se cuentan todos los hechos sucedidos en esos tres meses, sólo se cuentan algunos de ellos; hay saltos en el tiempo)

La historia puede presentar tiempos del discurso diferentes: puede estar inserta en un tiempo concreto y determinado, por ejemplo, en el año 1998; puede estar inserta en un tiempo sin concretar, por ejemplo, sabemos que es un tiempo cercano a nuestros días por algunos datos concretos, pero no conocemos el año con exactitud; o puede ser un pasado impreciso, por ejemplo, como ocurre en *El señor de los anillos*.

**El espacio:** La historia que se narra ha de suceder en un lugar determinado. La narración necesita uno o varios espacios, para dar veracidad al relato, situar a los personajes, o incluso proporcionar efectos simbólicos.

Al hablar de espacio narrativo, hay que distinguir dos espacios:

- **El espacio de la historia:** a veces los espacios recogidos en las obras son espacios reales; a eso se llama espacio de la historia.

- **El espacio del discurso** es un espacio verbal, esto es, hecho con palabras. Puede coincidir con un espacio que existe en la realidad, como Barcelona, y entonces lo llamamos espacio real; puede ser un espacio imaginario, es decir, está creado tomando como modelo la realidad, pero no existe, en este caso lo llamamos espacio imaginario. Puede ser también, un espacio fantástico, es decir, que ni existe ni tiene ningún parecido con la realidad.

El espacio en el que se desenvuelven los personajes y se suceden las acciones se crea mediante procedimientos técnicos y estilísticos entre los que destaca la descripción.

A continuación vamos a leer, en parejas, algunos fragmentos de novelas y vamos a fijarnos en los dos aspectos que nos ocupan. El tiempo y el espacio. Subrayaréis en los textos todas las expresiones y conectores que hagan alusión al tiempo (en negro) y al espacio (en rojo). Luego rellenaréis la tabla que aparece a continuación y pondremos en común los resultados obtenidos.

#### Fragmento 1

El *Hamburg*, una galeaza a remo y vela, de tres palos, línea enjuta y setenta y cinco varas de eslora, dedicada al cabotaje, rebasó lentamente la bocana y salió a mar abierta. Amanecía. Se iniciaba el mes de octubre de 1557 y la calima sobre la superficie del mar y la estabilidad de la nave presagiaban bonanza, una jornada calma, tal vez calurosa, de sol vivo y suave viento del norte. Era el *Hamburg* un pequeño barco de carga, dotado con cincuenta y dos marineros, al que su capitán, Heinrich Berger, con un agudo sentido de la economía personal, superponía en el buen tiempo dos pequeñas tiendas de campaña sobre las cuadernas de toldilla para alojar a cuatro posibles pasajeros de confianza, mediante un módico estipendio.

En la primera de estas tiendas, viniendo de proa, viajaba ahora un hombre menudo, aseado, de barba corta, al uso de Valladolid, de donde procedía, tocado de sombrero, con calzas, jubón y ropilla de Segovia, que oteaba con un anteojo el puerto que acababan de abandonar. Una bandada de gaviotas que sobrevolaba la estela del barco se reunía, graznando destempladamente, preparando el regreso a puerto. [...] El hombre menudo extrajo el papel plegado que le había entregado un marinero al embarcar y leyó de nuevo el breve mensaje que contenía: “Bienvenido a bordo, le espero a almorzar en mi camareta a la una del mediodía”.

El Doctor le había hablado con afecto del capitán en Valladolid. Aunque hacía mucho tiempo que no se veían, entre el Doctor y Heinrich Berger se anudaba una vieja amistad de lustros. El Doctor confiaba de tal modo en el capitán que hasta que no supo su propósito de regresar a España en el otoño no se determinó a autorizar el viaje a Alemania de su correligionario Cipriano Salcedo. El hombre menudo contemplaba la mar mientras reconstruía mentalmente la imagen del Doctor, tan taciturno y medroso en los últimos tiempos, advirtiéndole de los riesgos de su estancia en Europa. La reciente prohibición de salvar las fronteras concernía, es

cierto, a clérigos y estudiantes, pero era sabido que cualquier viajero que decidiera moverse por Alemania en estos días sería sometido a *discreta vigilancia*, pero de su tono de voz dedujo Cipriano que la vigilancia sería estrecha y conminatoria. De ahí sus precauciones a lo largo del viaje: sus repentinos cambios de medio de transporte, el miramiento en la elección de la posada o de lugares de encuentro para sus citas, y aun en sus simples visitas a librerías. [...]

*El hereje.* Miguel Delibes.

### **Fragmento 2**

PRIMERA PARTE. Invierno de 1404

El hombre caminaba deprisa mirando con recelo a derecha y a izquierda. Era ya muy entrada la noche y el toque de queda se había escuchado una hora antes. Su sombra reflejada en los muros de las casas parecía perseguirle como un fantasma. Era joven, pero unos cuantos cabellos blancos había empezado a asomar en sus sienes y en su barba. Alto y delgado, de facciones armoniosas, vestía un jubón de terciopelo verde-musgo y calzas a juego que unas altas botas de montar tapaban hasta medio muslo. Portaba una capa amplia y oscura, y llevaba la cabeza cubierta por un sombrero ancho rodeado de una larga bufanda envuelta alrededor de su cuello. Podía apreciarse por su aspecto e incluso por sus andares que era hombre de posición holgada.

Había dejado su caballo y su equipaje en las caballerizas del camino de Navarra, a las puertas de la muralla. No quería llamar la atención. El ruido de los cascos sobre el empedrado haría asomarse a más de un vecino curioso y era mejor pasar totalmente inadvertido.

En su rostro se reflejó el alivio al penetrar por el portal y contemplar un cartel iluminado por la parpadeante luz de un candil en el que podía leerse “Calle de la Judería”. Aminoró la marcha y hasta se entretuvo un instante para colocarse bien la bufanda y sacudir el polvo de su traje. Unos pasos más adelante se detuvo ante una hermosa casa de dos plantas rodeada por un pequeño muro, y tras posar su mano sobre el *mezuzá*<sup>(1)</sup> de la jamba, llamó a la puerta. No tuvo que esperar demasiado. Breves instantes después una mujer de mediana edad abrió. El recelo que mostraba su rostro se tornó en amplia sonrisa al reconocer al visitante y unas lágrimas aparecieron en sus ojos.

*La calle de la judería.* Toti Martínez de Lezea

(1) Mezuzá: estuche colocado en la jamba de la puerta y que contiene dos pasajes del Deuteronomio.

### **Fragmento 3**

Vine al mundo un martes de otoño de 1880, bajo el techo de mis abuelos maternos, en San Francisco. Mientras dentro de esa laberíntica casa de madera jadeaba mi madre montaña arriba con el corazón valiente y los huesos desesperados para abrirme una salida, en la calle bullía la vida salvaje del barrio chino con su aroma indeleble a cocinería exótica, su torrente estrepitoso de dialectos vociferados, su muchedumbre inagotable de abejas humanas yendo y viniendo deprisa. Nací de madrugada, pero en Chinatown los relojes no obedecen las reglas y a esa hora empieza el mercado, el tráfico de carretones y los ladridos tristes de los perros en

sus jaulas esperando el cuchillo del cocinero. [...]

Mis abuelos maternos me recibieron conmovidos –a pesar de que según varios testigos fui un bebé horroroso- y me pusieron sobre el pecho de mi madre, donde permanecí acurrucada por unos minutos, los únicos que alcancé a estar con ella. Después mi tío Lucky me echó su aliento en la cara para traspasarme su buena suerte. La intención fue generosa y el método infalible, pues al menos durante estos primeros treinta años de mi existencia, me ha ido bien. Pero, cuidado, no debo adelantarme. Esta historia es larga y comienza mucho antes de mi nacimiento; [...] Como en alguna fecha debemos comenzar, hagámoslo en 1862 y digamos, al azar, que la historia empieza con un mueble de proporciones inverosímiles.

*Retrato en sepia.* Isabel Allende

**Tiempo y espacio de los fragmentos analizados:**

	Tiempo	Espacio
Fragmento 1		
Fragmento 2		
Fragmento 3		

## **Actividad 4: Narración, descripción y diálogo van de la mano.**

La narración, sobre todo en los textos literarios, suele ir entrelazada con el diálogo y con la descripción, dando lugar a textos complejos con distintas secuencias textuales. Así al leer un novela, por ejemplo, encontraremos que predominan las secuencias narrativas, que aparecerán combinadas con secuencias descriptivas, como por ejemplo, la descripción de un personaje o de un espacio, y con secuencias dialogadas que recogen las conversaciones de los personajes.

La descripción y el diálogo son formas expresivas imprescindibles, ya que, en un cuento o en una novela, son el medio adecuado para caracterizar a los personajes (mediante la descripción y el diálogo) y los ambientes (mediante la descripción).

**4A.** Vamos a ver en primer lugar algunos ejemplos de **SECUENCIAS DESCRIPTIVAS** dentro de una narración literaria.

No era el hombre más honesto ni el más piadoso, pero era un hombre valiente. Se llamaba Diego Alatríste y Tenorio, y había luchado como soldado de los tercios viejos en las guerras de Flandes. Cuando lo conocí malvivía en Madrid, alquilándose por cuatro maravedís en trabajos de poco lustre, a menudo en calidad de espadachín por cuenta de otros que no tenían la destreza o los arrestos para solventar sus propias querellas. Ya saben: un marido cornudo por aquí, un pleito o una herencia dudosa por allá, deudas de juego pagadas a medias y algunos etcéteras más. [...] en todo esto Diego Alatríste se desempeñaba con holgura. Tenía mucha destreza a la hora de tirar de espada, y manejaba mejor, con el disimulo de la zurda, esa daga estrecha y larga llamada por algunos vizcaína, con que los reñidores profesionales se ayudaban a menudo.

Arturo y Carlota Pérez-Reverte. *El capitán Alatríste*

La heroica ciudad dormía la siesta. El viento sur, caliente y perezoso, empujaba las nubes blanquecinas que se rasgaban al correr hacia el Norte. En las calles no había más ruido que el rumor estridente de los remolinos de polvo, trapos, pajas y papeles que iban de arroyo en arroyo, de acera en acera, de esquina en esquina revolando y persiguiéndose, como mariposas que se buscan y huyen y que el aire envuelve en sus pliegues invisibles. Cual turbas de pilluelos, aquellas migajas de la basura, aquellas sobras de todo se juntaban en un montón, parábanse como dormidas un momento y brincaban de nuevo sobresaltadas, dispersándose, trepando unas por las paredes hasta los cristales temblorosos de los faroles, otras hasta los carteles de papel mal pegado a las esquinas, y había pluma que llegaba a un tercer piso, y arenilla que se incrustaba para días, o para

años, en la vidriera de un escaparate, agarrada a un plomo. Vetusta, la muy noble y leal ciudad, corte en lejano siglo, hacía la digestión del cocido y de la olla podrida, y descansaba oyendo entre sueños el monótono y familiar zumbido de la campana de coro, que retumbaba allá en lo alto de la esbelta torre en la Santa Basílica. La torre de la catedral, poema romántico de piedra, delicado himno, de dulces líneas de belleza muda y perenne, era obra del siglo diez y seis, aunque antes comenzada, de estilo gótico, pero, cabe decir, moderado por un instinto de prudencia y armonía que modificaba las vulgares exageraciones de esta arquitectura. La vista no se fatigaba contemplando horas y horas aquel índice de piedra que señalaba al cielo; no era una de esas torres cuya aguja se quiebra de sutil, más flacas que esbeltas, amaneradas, como señoritas cursis que aprietan demasiado el corsé; era maciza sin perder nada de su espiritual grandeza, y hasta sus segundos corredores, elegante balaustrada, subía como fuerte castillo, lanzándose desde allí en pirámide de ángulo gracioso, inimitable en sus medidas y proporciones. Como haz de músculos y nervios la piedra enroscándose en la piedra trepaba a la altura, haciendo equilibrios de acróbata en el aire; y como prodigio de juegos malabares, en una punta de caliza se mantenía, cual imantada, una bola grande de bronce dorado, y encima otra más pequeña, y sobre esta una cruz de hierro que acababa en pararrayos.

*La Regenta* de Leopoldo Alas Clarín

Mi padre se llamaba Esteban Duarte Diniz, y era portugués, cuarentón cuando yo niño, y alto y gordo como un monte. Tenía la color tostada y un estupendo bigote negro que se echaba para abajo. Según cuentan, le tiraban las guías para arriba, pero, desde que estuvo en la cárcel, se le arruinó la prestancia, se le ablandó la fuerza del bigote y ya para abajo hubo que llevarlo hasta el sepulcro. Yo le tenía un gran respeto y no poco miedo, y siempre que podía escurría el bulto y procuraba no tropezármelo; era áspero y brusco y no toleraba que se le contradijese en nada, manía que yo respetaba por la cuenta que me tenía.

*La familia de Pascual Duarte.* Camilo José Cela

Era una caja de música italiana. Tenía la forma de un piano de cola, de considerables dimensiones para ser sólo una caja de música. Nada más levantar la tapa, que se sujetaba con el mismo sistema que la de un piano de cola verdadero, empezaron a sonar las primeras notas de La paloma, de Respighi. Como el sabor de la leche condensada, como el de ciertos besos imborrables, reconocí una vieja melodía.

PASCUAL, Emilio. *Días de Reyes Magos.*

Ahora, colocados por parejas vais a analizar los fragmentos que acabáis de leer. Podéis utilizar la siguiente ficha para la recogida de la información. Después pondremos en común lo analizado.

	Objeto de la descripción	Clase de descripción	Rasgos lingüísticos		
			Tiempo verbal	Categorías gramaticales más usadas	Figuras literarias
Texto 1					
Texto 2					
Texto 3					
Texto 4					

**4B.** En segundo lugar, veamos cómo se dejan oír las voces de los personajes en un relato. Para reproducir **EL DIÁLOGO** en los géneros narrativos, especialmente el cuento o la novela, el autor cuenta con diferentes técnicas: el **estilo directo**, el **estilo indirecto**, el **estilo indirecto libre** y el **monólogo**.

El **estilo directo** reproduce las palabras exactas de los interlocutores, para indicarlo se colocan **guiones**, o bien se encierran las expresiones textuales entre **comillas**. Antes o después de las intervenciones aparecen los llamados **verbos dicendi**, como *dijo*, *respondió*, *contestó*, *añadió*, *razonó*, *cuestionó*... Un ejemplo de lo anteriormente explicado lo encontramos en la obra de **Eduardo Mendoza** "La ciudad de los prodigios":

- ¿Qué hora es? - preguntó Onofre.
- Las cinco y media, poco más o menos - respondió el cura -.
- Eh, ¿qué haces? -agregó viendo que Onofre intentaba levantarse.
- He de ir a la Exposición -respondió éste.
- Olvídate de la Exposición. Tendrá que pasar sin ti -dijo mosén Bizancio.

El **estilo indirecto**, en cambio, reproduce la conversación pero **no** de forma **textual**. Las palabras de los personajes van precedidas de los **verbos dicendi** (también llamados verbos de lengua o verbos introductorios) y de una conjunción como *que*, *si*, *a ver si*. Observa este ejemplo en la obra de Miguel Delibes "El hereje":

Don Bernardo replicaba que las cosas marchaban solas y había que dejarlas; que el secreto de la vida estribaba en poner las cosas a funcionar y dejarlas luego para que avanzasen a su ritmo. Pero Ignacio argumentaba que tenía el almacén abandonado y que a Dionisio Manrique le faltaban luces para sustituirle.

En el texto hablan dos personajes, pero sus palabras no se reproducen textualmente sino que se cambian las personas y los tiempos verbales. Así Ignacio habría dicho textualmente:

- "Tengo (1ª pers. presente) el almacén abandonado y a Dionisio Manrique le faltan (pres.) luces para sustituirme (1ª pers.)".

Pero en estilo indirecto se ha convertido en:

"...que tenía (3ª pers. pretérito imperfecto) el almacén abandonado y que a Dionisio Manrique le faltaban (pretérito imperfecto) luces para sustituirle (3ª pers.)".

En los diálogos escritos es necesaria la intervención del **narrador** para orientar al lector. El narrador se expresa a través de los llamados verbos de lengua que suelen ir en tiempo pasado. Así, en los textos de los ejemplos, encontramos estos verbos: **preguntó, respondió, dijo; replicaba, argumentaba.**

Otro recurso para recoger las palabras del personaje es el **estilo indirecto libre**: el narrador en tercera persona recoge las palabras o pensamientos de los personajes como si fuera en estilo indirecto; pero, en este caso, las palabras se insertan sin el **verbum dicendi**, sin los nexos y sin las marcas tipográficas. Utilizando esta técnica el texto habría quedado así:

Don Bernardo replicaba que las cosas marchaban solas y había que dejarlas; que el secreto de la vida estribaba en poner las cosas a funcionar y dejarlas luego para que avanzasen a su ritmo. Pero Ignacio no estaba de acuerdo. No, él tenía el almacén abandonado y a Dionisio Manrique le faltaban luces para sustituirle.

El estilo indirecto libre no se utiliza con la misma frecuencia. Esta técnica comenzó a usarse en la novela del siglo XX.

Para terminar, hay que añadir un recurso más para reproducir las palabras de los personajes: **EL MONÓLOGO**. Es una variante en la que un personaje habla consigo mismo. Esta forma deja entrever el interior del personaje, sus sentimientos, sus emociones, sus pensamientos... Aunque lo normal es el uso de la primera persona, también se utiliza la segunda cuando se desdobra y habla consigo misma.

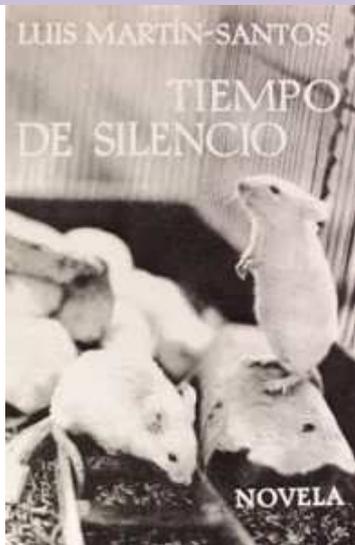
Para saber un poco más sobre esta última técnica leed esto:

El **monólogo interior** es una técnica literaria con la que se reproduce **en primera persona los pensamientos de un personaje, tal como brotarían de su conciencia.**

Esta técnica desempeñó un papel importante en la renovación de la novela en el siglo XX. Se atribuye la paternidad de esta técnica a Édouard Dujardin, autor de *Les lauriers sont coupés* (1888). James Joyce, refiriéndose a esta novela, señala que "el lector se encontraba, a partir de las primeras líneas, instalado en el pensamiento del personaje principal. El desarrollo ininterrumpido de este pensamiento, substituyéndose completamente a la forma usual del relato, es el que enseña al lector lo que hace este

personaje y lo que le sucede.” El propio Dujardin escribiría en un ensayo de 1931: “El monólogo interior es [...] **el discurso sin oyente y no pronunciado, mediante el cual un personaje expresa su pensamiento más íntimo, el más cercano posible del inconsciente**, anteriormente a toda organización lógica...”. Su objetivo es “**evocar el flujo ininterrumpido de pensamientos que atraviesan el alma del personaje a medida que surgen y en el orden que surgen**, sin explicar el encadenamiento lógico (...), por medio de frases reducidas al mínimo de relaciones sintácticas, de forma que da la impresión de reproducir los pensamientos tal como llegan a la mente”. Esta falta de lógica y articulación coherente constituye la diferencia esencial frente al soliloquio. Rasgos peculiares de este monólogo interior son, aparte de la no interferencia del narrador, la afluencia incontrolada del inconsciente [...], la emergencia desorganizada y confusa de imágenes, sensaciones, sentimientos e ideas expuestas sin ilación lógica y con distorsiones sintácticas, por medio de libres asociaciones, con la consiguiente alteración o disolución del tiempo y del espacio.

### Ejemplo de monólogo interior



A continuación se recoge un fragmento de *Tiempo de silencio* (1962), de Luis Martín-Santos, en el que leemos las reflexiones de un personaje que intenta superar el miedo que le provoca el hecho de estar en la cárcel acusado de homicidio.

*Solo aquí, qué bien, me parece que estoy encima de todo. No me puede pasar nada. Yo soy el que paso. Vivo. Vivo. Fuera de tantas preocupaciones, fuera del dinero que tenía que ganar, fuera de la mujer con la que me tenía que casar, fuera de la clientela que tenía que conquistar, fuera de los amigos que me tenían que estimar, fuera del placer que tenía que perseguir, fuera del alcohol que tenía que beber. Si estuvieras así. Mantente ahí. Ahí tienes que estar. Tengo que estar aquí, en esta altura, viendo cómo estoy solo, pero así, en lo alto, mejor que antes, más tranquilo, mucho más tranquilo. No caigas. No tengo que caer. Estoy así bien, tranquilo, no me puede pasar nada, porque lo más que me puede pasar es seguir así, estando donde quiero estar, tranquilo, viendo todo, tranquilo, estoy bien, estoy bien, estoy muy bien así, no tengo nada que desear.*

*Tú no la mataste. Estaba muerta. Yo la maté. ¿Por qué? ¿Por qué? Tú no la mataste. Estaba muerta. Yo no la maté. Ya estaba muerta. Yo no la maté. Ya estaba muerta. Yo no fui. No pensar. No pensar. No pienses. No pienses en nada. Tranquilo, estoy tranquilo. No me pasa nada. Estoy tranquilo así. Me quedo así quieto. Estoy esperando. No tengo que pensar. No me pasa nada. Estoy tranquilo, el tiempo pasa y yo estoy tranquilo porque no pienso en nada. Es cuestión de aprender a no pensar en nada, de fijar la mirada en la pared, de hacer que tú quieras hacer porque tu libertad sigue existiendo también ahora. Eres un ser libre para dibujar cualquier dibujo o bien para hacer una raya cada día que vaya pasando como han hecho otros, y cada siete días una raya más larga, porque eres libre de hacer las rayas todo lo largas que quieras y nadie te lo puede impedir.*

Vamos a familiarizarnos con los diversos modos de recoger la voz de los personajes leyendo de forma reflexiva estos **fragmentos de obras narrativas**. En cada texto hay unas partes resaltadas en negrita, fijaos en ellas e indicad

debajo de cada uno de los textos qué estilo ha utilizado el escritor para recoger las palabras de los personajes. No olvidéis razonar vuestro comentario.

Había venido, como tantos otros, en patera, arrastrado por la esperanza de una vida mejor. Dejó atrás, en su pequeña aldea, familia, amigos, los sueños de la niñez.

Por la noche, en el camastro, o los domingos, cuando se podía sentar al calor del sol, Ahmed gustaba de recordar todo aquello que había dejado atrás. El sabor de los dátiles, la leche de cabra, las correrías con los otros niños por las callejuelas de la aldea, el verdor de los olivares salpicados del blanco de los almendros, los chapuzones con sus primos en el arroyo...

Pero, aquí, la vida era muy diferente. Un carácter cada vez más hosco y huraño le hacía ser distante y desconfiado. Quizás por eso, después de casi diez años en España seguía sin tener papeles. Siempre había desconfiado de las autoridades y no se había acercado a ellas para obtenerlos. Por lo mismo, los patronos para los que trabajaba la pagaban menos, y alguno hubo que no le pagó. Así, la poca ganancia, la inseguridad, y la falta de relaciones le hacían, con mayor frecuencia, pensar en un posible regreso.

Todos los que retornaban lo hacían en el transbordador y cargados de paquetes. **Él, al no tener papeles, habría de viajar igual que la primera vez: en la patera, éstas, al menos las que hacían la travesía con éxito, volverían de vacío para reiniciar otro viaje. Eso es lo que él podría aprovechar: le cobrarían poco ya que era un viaje de retorno y no llevaría bultos.** En esto pensaba cuando veía el poco futuro que se le ofrecía en España. Claro que por contra la perspectiva de volver a la aldea con su fracaso a costas no le seducía mucho. Pero lo peor era la patera. A veces en interminables pesadillas, recordaba la negrura de la noche durante la travesía, los temibles bandazos que daba la barca y los golpes de agua que le venían a la cara. Agua salada y fría que le empapaba hasta los huesos y le hacía aferrarse a la amura, pensando que en el siguiente envite del mar, irían a pique. Aquellas horas en la patera se le habían quedado grabadas en lo más hondo de su ser. Por eso se prometía a sí mismo no volver a embarcar en su vida, pero cada vez la idea se le hacía más insistente: no tenía otra salida, volvería a la patera y volvería a su casa, no soportaría más la vida en España, de trabajo en trabajo, sin papeles, explotado por patronos y capataces y sin amigos.  
\* \* \*

El cabo Morales acudió presto a los gritos de su compañero. Le fastidiaba que le asignaran guardias nuevos para las rondas, se asustaban de cualquier cosa. Pero los gritos de éste le helaron la sangre.

-¡Cabo! ¡Mire! ¡Ahí!

Detrás de una roca vio un moro muerto. El guardia estaba como petrificado, pero reaccionó al verse acompañado y empezó a moverse hacia un lado, por donde las rocas.

El cabo Morales se inclinó sobre el moro: no llevaba documentación, era lo normal. Llamó al guardia.

**-¿No quiere que busque más, cabo? -contestó éste.**

**-No te molestes, no hay más, éste estaba solo.**

**-¿Cómo lo sabe, mí cabo?**

El cabo Morales le enseñó las etiquetas de la chaqueta y el logotipo del buzo que llevaba debajo: inequívocamente, marcas españolas.

**-No hay ningún ilegal que venga con estas ropas, Rebolledo. -dijo el cabo-. Éste no venía, éste se iba.**

*La patera José M<sup>a</sup> Pozas*

Y así, fatigado de este pensamiento, abrevió su venteril y limitada cena; la cual acabada, llamó al ventero y, encerrándose con él en la caballeriza, se hincó de rodillas ante él, diciéndole:

**-No me levantaré jamás de donde estoy, valeroso caballero, fasta que la vuestra cortesía me otorgue un don que pedirle quiero, el cual redundará en alabanza vuestra y en pro del género humano.**

El ventero, que vio a su huésped a sus pies y oyó semejantes razones, estaba confuso mirándole, sin saber qué hacerse ni decirle, y porfiaba con él que se levantase, y jamás quiso, hasta que le hubo de decir que él le otorgaba el don que le pedía.

-No esperaba yo menos de la gran magnificencia vuestra, señor mío -respondió don Quijote-; y así, os digo que el don que os he pedido y de vuestra liberalidad me ha sido otorgado, es que mañana en aquel día me habéis de armar caballero, y esta noche en la capilla de vuestro castillo velaré las armas; y mañana, como tengo dicho, se cumplirá lo que tanto deseo, para poder, como se debe, ir por todas las partes del mundo buscando las aventuras, en pro de los menesterosos, como está a cargo de la caballería y de los caballeros andantes, como yo soy, cuyo deseo a semejantes hazañas es inclinado (...).

**Le dijo [el ventero] también que en aquel castillo no había capilla alguna donde poder velar las armas, porque estaba derribada para hacerla de nuevo; pero que en caso de necesidad él sabía que se podían velar donde quiera, y que aquella noche las podría velar en un patio del castillo; que a la mañana, siendo Dios servido, se harían las debidas ceremonias, de manera que él quedase armado caballero, y tan caballero, que no pudiese ser más en el mundo (...).**

(CERVANTES, Miguel de.: *Don Quijote de la Mancha*. Vol. I, Cap.3.)

**Ya está la vieja llamándome. Ya está tratando de buscar la manera de incomodarme. Desgraciada. La madre que la parió. Para mí que me persigue. Sí, me persigue. Si voy a la cocina, se queda mirándome, como un perro mira a una persona que está comiendo. Y enseguida me entra una incomodidad que me dan ganas de tirarle un caldero a la cabeza. Si entro en el cuarto me pregunta qué quiero, que si se me ha perdido algo. Me lo pregunta así, como si fuera un gatito que no quiere hacer daño. Vieja cabrona, como si yo no tuviera bastante con lo que tengo que soportar, encima, que me vigilen. ¿Es que piensan que me voy a ir con un hombre? Ojalá. Pero no sé quién va a cargar conmigo, si ya estoy que ni el afilador de tijeras me piropea; y antes, por cierto, hasta me daba conversación y todo. Aunque antes muerta que casada con el afilador de tijeras. Pero, en fin, el caso es que ya ni siquiera me mira. Y el vendedor de helados hace un siglo que ni pasa por aquí. Ése era otro de mis pretendientes.**

Reinaldo Arenas

## SECUENCIA 2- ANTOLOGÍA DE TEXTOS NARRATIVOS

Ahora que ya conoces perfectamente el texto narrativo de ámbito literario, vamos a ocupar nuestro tiempo leyendo varios textos pertenecientes a diferentes épocas y autores, pero con una característica común; todos ellos pretenden guiar por la historia de la narrativa española, dar a conocer algunos de sus textos más representativos, así como sus autores y las épocas en las que vivieron.

### **Actividad 5: Ten en cuenta lo que te cuento. Don Juan Manuel y *Los cuentos del Conde Lucanor* (siglo XIV)**

La prosa de ficción alcanzó un mayor desarrollo en el siglo XIV, especialmente tras la aparición de *El Conde Lucanor*, obra escrita por don Juan Manuel que constituye la muestra más relevante en castellano durante la Edad Media.

**Don Juan Manuel** nació en 1282 en Escalona (Toledo) y murió probablemente en 1348. Sobrino del rey Alfonso X, estuvo siempre ocupado en luchas políticas. El infante es el primer autor consciente de los problemas de autoría y conservación de la obra: se preocupó del estilo y corrección de sus escritos hasta el punto de que depositó sus manuscritos en el monasterio de Peñafiel para preservarlos y evitar que se le imputaran a él los errores que pudieran cometer los malos copistas. Paradójicamente, un incendio destruyó esos originales.

***El Conde Lucanor*** es una colección de cincuenta y un cuentos o ejemplos, que plantean problemas de naturaleza práctica: cómo reconocer la verdadera amistad, de qué manera defender las propiedades, si es acertado emprender un negocio, etc.

- Todos los cuentos se trazan dentro de un **marco narrativo** y siguen el mismo esquema: el conde Lucanor expone un problema a su servidor Patronio y le pide consejo. Para resolver sus dudas, Patronio le cuenta una historia y establece una comparación con el asunto que preocupa al noble. Después, el propio don Juan Manuel interviene en la narración y manda escribir el cuento y añadir una moraleja. Patronio es un personaje con experiencia que, mediante sus cuentos, ilustra al conde.
- Los relatos, muy variados, proceden tanto de la tradición escrita como de la tradición oral: fábulas clásicas, cuentos orientales, relatos fantásticos, alegorías, etc. No obstante, don Juan Manuel trabaja sobre esos materiales y les da un carácter personal, cambiando la caracterización de los personajes o algunos aspectos concretos del relato. Los cuentos tienen una finalidad didáctica y, en su mayoría, están

encaminados a aconsejar que en la vida hay que actuar con rectitud, prudencia y sentido práctico. Tal y como afirma el autor:

#### **Lo que ocurrió a un hombre que por pobreza y falta de otro alimento comía altramuces**

Otro día hablaba el Conde Lucanor con Patronio de este modo:

-Patronio, bien sé que Dios me ha dado tantos bienes y mercedes que yo no puedo agradecerlos como debiera, y sé también que mis propiedades son ricas y extensas; pero a veces me siento tan acosado por la pobreza que me da igual la muerte que la vida. Os pido que me deis algún consejo para evitar esta congoja.

-Señor Conde Lucanor -dijo Patronio-, para que encontréis consuelo cuando eso os ocurra, os convendría saber lo que les ocurrió a dos hombres que fueron muy ricos.

El conde le pidió que le contase lo que les había sucedido.

-Señor Conde Lucanor -dijo Patronio-, uno de estos hombres llegó a tal extremo de pobreza que no tenía absolutamente nada que comer. Después de mucho esforzarse para encontrar algo con que alimentarse, no halló sino una escudilla llena de altramuces. Al acordarse de cuán rico había sido y verse ahora hambriento, con una escudilla de altramuces como única comida, pues sabéis que son tan amargos y tienen tan mal sabor, se puso a llorar amargamente; pero, como tenía mucha hambre, empezó a comérselos y, mientras los comía, seguía llorando y las pieles las echaba tras de sí. Estando él con este pesar y con esta pena, notó que a sus espaldas caminaba otro hombre y, al volver la cabeza, vio que el hombre que le seguía estaba comiendo las pieles de los altramuces que él había tirado al suelo. Se trataba del otro hombre de quien os dije que también había sido rico.

»Cuando aquello vio el que comía los altramuces, preguntó al otro por qué se comía las pieles que él tiraba. El segundo le contestó que había sido más rico que él, pero ahora era tanta su pobreza y tenía tanta hambre que se alegraba mucho si encontraba, al menos, pieles de altramuces con que alimentarse. Al oír esto, el que comía los altramuces se tuvo por consolado, pues comprendió que había otros más pobres que él, teniendo menos motivos para desesperarse. Con este consuelo, luchó por salir de su pobreza y, ayudado por Dios, salió de ella y otra vez volvió a ser rico.

»Y vos, señor Conde Lucanor, debéis saber que, aunque Dios ha hecho el mundo según su voluntad y ha querido que todo esté bien, no ha permitido que nadie lo posea todo. Mas, pues en tantas cosas Dios os ha sido propicio y os ha dado bienes y honra, si alguna vez os falta dinero o estáis en apuros, no os pongáis triste ni os desaniméis, sino pensad que otros más ricos y de mayor dignidad que vos estarán tan apurados que se sentirían felices si pudiesen ayudar a sus vasallos, aunque fuera menos de lo que vos lo hacéis con los vuestros.

Al conde le agradó mucho lo que dijo Patronio, se consoló y, con su esfuerzo y con la ayuda de Dios, salió de aquella penuria en la que se encontraba.

Y viendo don Juan que el cuento era muy bueno, lo mandó poner en este libro e hizo los versos que dicen así:

*Por padecer pobreza nunca os desaniméis,  
porque otros más pobres un día encontraréis.*

### Actividades

1. En primer lugar, vais a empezar aclarando el significado de estos términos o expresiones; están subrayados en el texto:
  - a. Mercedes:
  - b. Congoja:
  - c. Escudilla:
  - d. Altramuces:
  - e. Se tuvo por consolado:
  - f. Propicio:
  - g. Apurados:
  - h. Vasallos:
  - i. Penuria:
  
2. Analizad la estructura del cuento. Tened en cuenta que en todos los cuentos recogidos en esta obra, la estructura se repite:
  - a. El conde expone un problema a Patronio y le pide ayuda.
  - b. Patronio le relata un cuento
  - c. Lo aplica al problema del conde
  - d. El conde agradece y acepta la ayuda de Patronio
  - e. Final: Don Juan Manuel recoge el cuento y añade unos versos con la moraleja.
  
3. En el cuento aparecen dos narradores, ¿cuáles son? ¿de qué clase es cada uno?
  
4. ¿Con qué finalidad escribió don Juan Manuel su obra? ¿Cuál es concretamente en este cuento?

### **Actividad 6: La prosa del siglo de Oro. Cervantes y *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*.**

**Miguel de Cervantes Saavedra** fue un soldado, novelista, poeta y dramaturgo español. Se supone que nació el 29 de septiembre de 1547 en Alcalá de Henares y murió el 22 de abril de 1616 en Madrid, pero fue enterrado el 23 de abril y popularmente se conoce en forma errónea esta fecha como la de su muerte.

Es considerado la máxima figura de la literatura española. Es universalmente conocido sobre todo por haber escrito *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, que muchos críticos han descrito como la primera novela moderna y una de las mejores obras de la literatura universal. Además escribió

muchísimas más obras en prosa y también algunas obras dramáticas y algunas composiciones poéticas.

Se le ha dado el sobrenombre de *Príncipe de los Ingenios*.

#### **Información sobre Don Quijote de la Mancha**

La principal novela de Miguel de Cervantes es *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, obra cumbre de la literatura española y universal. La primera parte de la obra se publicó en 1605 y tuvo un éxito inmediato. En 1615 Cervantes dio a la imprenta la segunda parte.

La obra está dividida en dos partes:

- La acción de la primera parte (1605), compuesta de cincuenta y dos capítulos, se inicia con la decisión de Alonso Quijano de convertirse en caballero andante y así emular las aventuras de los libros de caballerías. Desde ese momento y a lo largo de dos salidas -primero en solitario y después con su escudero Sancho Panza-, el protagonista transforma la realidad con su imaginación: ve castillos donde solo hay ventas, gigantes donde hay molinos o ejércitos poderosos donde hay rebaños de ovejas.
- En la segunda parte (1615), compuesta por setenta y cuatro capítulos, se relatan las aventuras de don Quijote y Sancho en su tercera salida de la aldea. Ambos sufren ahora el engaño, a veces burlesco, de otras personas. La obra termina con el regreso de caballero y escudero a la aldea, donde don Quijote recupera la cordura y muere.

En la primera parte, la acción principal se ve a menudo interrumpida por otros relatos intercalados en el texto que retrasan el desarrollo de las aventuras de don Quijote y Sancho. Estos relatos son contados por personajes que van encontrando en el camino los protagonistas. Así ocurre, por ejemplo, con la **historia de Leandra**. En la segunda, en cambio, el autor renuncia a esta técnica narrativa. En este sentido, la primera parte es más disgregadora y heterogénea.

#### ***Que trata de lo que contó el cabrero a todos los que llevaban al valiente don Quijote***

-A tres leguas de este valle está una aldea que, aunque pequeña, es de las más ricas que hay en todos estos contornos, en la cual había un labrador muy honrado, y tanto, que, aunque es anejo al ser rico el ser honrado, más lo era él por la virtud que tenía que por la riqueza que alcanzaba; mas lo que le hacía más dichoso, según él decía, era tener una hija de tan extremada hermosura, rara discreción, donaire y virtud, que el que la conocía y la miraba se admiraba de ver las extremadas partes con que el cielo y la naturaleza la habían enriquecido. Siendo niña fue hermosa, y siempre fue creciendo en belleza, y en la edad de diez y seis años fue hermosísima. La fama de su belleza se comenzó a extender por todas las circunvecinas

aldeas, ¿qué digo yo por las circunvecinas no más, si se extendió a las apartadas ciudades y aun se entró por las salas de los reyes y por los oídos de todo género de gente, que como a cosa rara o como a imagen de milagros de todas partes a verla venían? La guardaba su padre y se guardaba ella, que no hay candados, guardas ni cerraduras que mejor guarden a una doncella que las de su propio recato.

La riqueza del padre y la belleza de la hija movieron a muchos, así del pueblo como forasteros, a que por mujer se la pidiesen; mas él, como a quien tocaba disponer de tan rica joya, andaba confuso, sin saber determinarse a quién la entregaría de los infinitos que le importunaban. Y entre los muchos que tan buen deseo tenían fui yo uno, a quien dieron muchas y grandes esperanzas de buen suceso conocer que el padre conocía quién yo era, al ser natural del mismo pueblo, limpio en sangre, en la edad floreciente, en la hacienda muy rico y en el ingenio no menos acabado. Con todas estas mismas partes la pidió también otro del mismo pueblo, que fue causa de suspender y poner en balanza la voluntad del padre, a quien parecía que con cualquiera de nosotros estaba su hija bien empleada; y, por salir de esta confusión, determinó decírselo a Leandra, que así se llama la rica que en miseria me tiene puesto, advirtiéndome que, pues los dos éramos iguales, era bien dejar a la voluntad de su querida hija el escoger a su gusto, cosa digna de imitar de todos los padres que a sus hijos quieren poner en estado: no digo yo que los dejen escoger en cosas ruines y malas, sino que se las propongan buenas, y de las buenas, que escojan a su gusto. No sé yo el que tuvo Leandra, solo sé que el padre nos entretuvo a entrambos con la poca edad de su hija y con palabras generales, que ni le obligaban ni nos desobligaban tampoco. Se llamaba mi competidor Anselmo, y yo Eugenio, porque vais con noticia de los nombres de las personas que en esta tragedia se contienen, cuyo fin aún está pendiente, pero bien se deja entender que ha de ser desastrado.

En este tiempo vino a nuestro pueblo un Vicente de la Roca, hijo de un pobre labrador del mismo lugar, el cual Vicente venía de las Italias y de otras diversas partes de ser soldado. Le llevó de nuestro lugar, siendo muchacho de hasta doce años, un capitán que con su compañía por allí acertó a pasar, y volvió el mozo de allí a otros doce vestido a la soldadesca, pintado con mil colores, lleno de mil dijes de cristal y sutiles cadenas de acero. Hoy se ponía una gala y mañana otra, pero todas sutiles, pintadas, de poco peso y menos tomo. La gente labradora, que de suyo es maliciosa y dándole el ocio lugar es la misma malicia, lo notó, y contó punto por punto sus galas y preseas, y halló que los vestidos eran tres, de diferentes colores, con sus ligas y medias, pero él hacía tantos guisados e invenciones de ellas, que si no se los contaran hubiera quien jurara que había hecho muestra de más de diez pares de vestidos y de más de veinte plumajes. Y no parezca impertinencia y demasía esto que de los vestidos voy contando, porque ellos hacen una buena parte en esta historia. Se sentaba en un poyo que debajo de un gran álamo está en nuestra plaza y allí nos tenía a todos la boca abierta, pendientes de las hazañas que nos iba contando. No había tierra en todo el orbe que no hubiese visto, ni batalla donde no se hubiese hallado; había muerto más moros que tiene Marruecos y Túnez, y entrado en más singulares desafíos, según él decía, que Gante y Luna, Diego García de Paredes y otros mil que nombraba, y de todos había salido con victoria, sin que le hubiesen derramado una sola gota de sangre. Por otra parte, mostraba señales de heridas que, aunque no se divisaban, nos hacía entender que eran arcabuzazos dados en diferentes reencuentros y facciones. Finalmente, con una no vista arrogancia llamaba de vos a sus iguales y a los mismos

que le conocían, y decía que su padre era su brazo, su linaje sus obras, y que, debajo de ser soldado, al mismo rey no debía nada. Se les añadió a estas arrogancias ser un poco músico y tocar una guitarra a lo rasgado, de manera que decían algunos que la hacía hablar; pero no pararon aquí sus gracias, que también la tenía de poeta, y, así, de cada niñería que pasaba en el pueblo componía un romance de legua y media de escritura.

Este soldado, pues, que aquí he pintado, este Vicente de la Roca, este bravo, este galán, este músico, este poeta fue visto y mirado muchas veces de Leandra desde una ventana de su casa que tenía la vista a la plaza. La enamoró el oropel de sus vistosos trajes; la encantaron sus romances, que de cada uno que componía daba veinte traslados; llegaron a sus oídos las hazañas que él de sí mismo había referido: y, finalmente, que así el diablo lo debía de tener ordenado, ella se vino a enamorar de él, antes que en él naciese presunción de solicitarla; y como en los casos de amor no hay ninguno que con más facilidad se cumpla que aquel que tiene de su parte el deseo de la dama, con facilidad se concertaron Leandra y Vicente, y primero que alguno de sus muchos pretendientes cayesen en la cuenta de su deseo, ya ella le tenía cumplido, habiendo dejado la casa de su querido y amado padre, que madre no la tiene, y ausentándose de la aldea con el soldado, que salió con más triunfo de esta empresa que de todas las muchas que él se aplicaba.

Admiró el suceso a toda el aldea y aun a todos los que de él noticia tuvieron; yo quedé suspenso, Anselmo atónito, el padre triste, sus parientes afrentados, solícita la justicia, los cuadrilleros listos; se tomaron los caminos, se escudriñaron los bosques y cuanto había, y al cabo de tres días hallaron a la antojadiza Leandra en una cueva de un monte, desnuda en camisa, sin muchos dineros y preciosísimas joyas que de su casa había sacado. La volvieron a la presencia del lastimado padre, le preguntaron su desgracia: confesó sin apremio que Vicente de la Roca la había engañado y debajo de su palabra de ser su esposo la persuadió que dejase la casa de su padre, que él la llevaría a la más rica y más viciosa ciudad que había en todo el universo mundo, que era Nápoles; y que ella, mal advertida y peor engañada, le había creído y, robando a su padre, se le entregó la misma noche que había faltado, y que él la llevó a un áspero monte y la encerró en aquella cueva donde la habían hallado. Contó también cómo el soldado, sin quitarle su honor, le robó cuanto tenía y la dejó en aquella cueva y se fue, suceso que de nuevo puso en admiración a todos. Duro se nos hizo de creer la continencia del mozo, pero ella lo afirmó con tantas veras, que fueron parte para que el desconsolado padre se consolase, no haciendo cuenta de las riquezas que le llevaban, pues le habían dejado a su hija con la joya que, si una vez se pierde, no deja esperanza de que jamás se cobre.

El mismo día que pareció Leandra, la desapareció su padre de nuestros ojos y la llevó a encerrar en un monasterio de una villa que está aquí cerca, esperando que el tiempo gaste alguna parte de la mala opinión en que su hija se puso. Los pocos años de Leandra sirvieron de disculpa de su culpa, a lo menos con aquellos que no les iba algún interés en que ella fuese mala o buena; pero los que conocían su discreción y mucho entendimiento no atribuyeron a ignorancia su pecado, sino a su desenvoltura y a la natural inclinación de las mujeres, que por la mayor parte suele ser desatinada y mal compuesta. Encerrada Leandra, quedaron los ojos de Anselmo ciegos, a lo menos sin tener cosa que mirar que contento le diese; los míos, en tinieblas, sin luz que a ninguna cosa de gusto les encaminase. Con la ausencia de Leandra crecía nuestra

tristeza, se apocaba nuestra paciencia, maldecíamos las galas del soldado y abominábamos del poco recato del padre de Leandra.

Finalmente, Anselmo y yo nos concertamos de dejar la aldea y venirnos a este valle, donde él apacentando una gran cantidad de ovejas suyas propias y yo un numeroso rebaño de cabras, también mías, pasamos la vida entre los árboles, dando vado a nuestras pasiones o cantando juntos alabanzas o vituperios de la hermosa Leandra o suspirando solos y a solas comunicando con el cielo nuestras querellas. A imitación nuestra, otros muchos de los pretendientes de Leandra se han venido a estos ásperos montes usando el mismo ejercicio nuestro, y son tantos, que parece que este sitio se ha convertido en la pastoral Arcadia, según está colmo de pastores y de apriscos, y no hay parte en él donde no se oiga el nombre de la hermosa Leandra. Este la maldice y la llama antojadiza, varía y deshonesta; aquel la condena por fácil y ligera; tal la absuelve y perdona, y tal la justicia y vitupera; uno celebra su hermosura, otro reniega de su condición, y, en fin, todos la deshonran y todos la adoran, y de todos se extiende a tanto la locura, que hay quien se queje de desdén sin haberla jamás hablado, y aun quien se lamenta y sienta la rabiosa enfermedad de los celos, que ella jamás dio a nadie, porque, como ya tengo dicho, antes se supo su pecado que su deseo. No hay hueco de peña, ni margen de arroyo, ni sombra de árbol que no esté ocupada de algún pastor que sus desventuras a los aires cuente; el eco repite el nombre de Leandra dondequiera que pueda formarse: “Leandra” resuenan los montes, “Leandra” murmuran los arroyos, y Leandra nos tiene a todos suspensos y encantados, esperando sin esperanza y temiendo sin saber de qué tememos. Entre estos disparatados, el que muestra que menos y más juicio tiene es mi competidor Anselmo, el cual, teniendo tantas otras cosas de que quejarse, solo se queja de ausencia; y al son de un rabel que admirablemente toca, con versos donde muestra su buen entendimiento, cantando se queja. Yo sigo otro camino más fácil, y a mi parecer el más acertado, que es decir mal de la ligereza de las mujeres, de su inconstancia, de su doble trato, de sus promesas muertas, de su fe rota y, finalmente, del poco discurso que tienen en saber colocar sus pensamientos e intenciones que tienen. Y esta fue la ocasión, señores, de las palabras y razones que dije a esta cabra cuando aquí llegué, que por ser hembra la tengo en poco, aunque es la mejor de todo mi apero. Esta es la historia que prometí contaros. Si he sido en el contarla prolijo, no seré en serviros corto: cerca de aquí tengo mi majada y en ella tengo fresca leche y muy sabrosísimo queso, con otras varias y sazonadas frutas, no menos a la vista que al gusto, agradables.

### Actividades

1. Haz una lista con los personajes que aparecen y explica lo que sabes de cada uno de ellos.
2. ¿Quién es el narrador de esta historia? ¿Qué persona utiliza para narrar? Pon ejemplos que lo demuestren.
3. ¿A quién se refiere el narrador? (Fíjate en el final del fragmento)
4. Analiza la estructura del relato.
5. Haz un breve resumen del relato, teniendo en cuenta su estructura.

## Actividad 7: El Neoclasicismo: la razón y la educación. Félix M<sup>a</sup> de Samaniego y *La Lechera*.

### La literatura neoclásica

En el siglo XVIII se desarrolla la Ilustración, un movimiento intelectual que defiende la razón y confía en el progreso y en la educación. Dado que la inmensa mayoría de la población se hallaba sumida en el analfabetismo, se pensaba que solo mediante la educación podría transformarse la sociedad.

Estas ideas tuvieron su influencia en la literatura: los escritores no escriben para entretener, sino para transmitir una enseñanza. Este hecho explica que géneros como el ensayo o la fábula tengan un notable desarrollo, mientras que la novela pierde importancia. El ensayo permite la divulgación del pensamiento ilustrado. Los principales ensayistas son Benito Jerónimo Feijoo y Gaspar Melchor de Jovellanos. Asimismo, se recupera la fábula, género que se adapta perfectamente a la intención ilustrada de enseñar deleitando. Sus principales cultivadores son Tomás de Iriarte y Félix María de Samaniego.

Leed esta adaptación en prosa del cuento o fábula de *La Lechera*

#### LA LECHERA

Iba alegre la lechera camino del mercado. Con paso vivo, sencilla y graciosa, sostenía sobre su cabeza un cántaro lleno de leche. Ese día se sentía realmente feliz y a medida que se iba acercando al pueblo, su dicha aumentaba. ¿Por qué? Porque la gentil lechera caminaba acompañada por sus pensamientos y con la imaginación veía muchas cosas hermosas para el futuro.

"Sí –pensaba–. Ahora llegaré al mercado y encontraré en seguida comprador para esta riquísima leche. Sin duda, han de pagármela a buen precio, que bien lo vale.

En cuanto consiga el dinero, allí mismo compraré un canasto de huevos. Lo llevaré a mi cabaña y de ese montón de huevos, lograré sacar, ya hacia el verano, cien pollos por lo menos. ¡Ah, qué feliz me siento de pensarlo solamente! Me rodearán esos cien pollos piando y piando, y no dejaré que se le acerque zorra ni comadreja enemiga.

Una vez que tenga mis cien pollos, volveré al mercado. Y entonces, entonces...los venderé para comprar un cerdo.

Sí, un cerdo, no muy grande, un lechoncito rosado. ¡Ya me encargaré yo de cebarlo! Crecerá y se pondrá gordo, porque estará bien alimentado con bellotas y castañas. Será un cerdo enorme, con una barriga que ha de arrastrarse por el suelo. Yo lo conseguiré."

Siguió la lechera su camino, sonriendo ante la idea de ser dueña de tan robusto animal. ¿Qué haría? Lo pensó un instante. Y otra vez una sonrisa de felicidad iluminó su linda carita.

"Claro está. Ya sé lo que me conviene. Ese cerdo magnífico bien valdrá un buen dinero. ¡Con él me compraré una vaca! ¡Una vaca y... un ternero! ¡Ah, qué gusto ver al ternero saltar y correr en mi cabaña!"

Ya se imaginó la lechera correteando junto al ternero. Y al pensarlo, rió alegremente a tiempo que daba un salto. ¡Ay cuánta desdicha siguió a su alegría! Al dar el salto, cayó de su cabeza el cántaro que se rompió en mil pedazos.

La pobre lechera miró desolada cómo la tierra tragaba el blanco líquido. Ya no había leche, ni habría pollos, ni cerdo, ni vaca, ni ternero. Todas sus ilusiones se habían perdido para siempre, junto con el cántaro roto y la leche derramada en el camino.

### Actividades

1. ¿Con qué finalidad escribió Félix M<sup>a</sup> de Samaniego este relato?
2. ¿Qué narrador ha utilizado? Aporta ejemplos.
3. ¿Cómo se denomina a la técnica de recoger los pensamientos de un personaje? Busca un ejemplo en el texto.
4. ¿Qué estilo ha utilizado el autor para recoger los pensamientos de la lechera? ¿Cómo lo sabéis?
5. Transforma la fábula utilizando el estilo indirecto.

## Actividad 8: La primera mitad del XIX. La prosa romántica.

### Larra y los artículos periodísticos.

Los artículos periodísticos, los cuadros de costumbres y la novela histórica son los géneros fundamentales de la prosa romántica. Durante la primera mitad del XIX el autor más importante es Larra. En el Posromanticismo sobresalen las *Leyendas* de Bécquer.

**Mariano José de Larra y Sánchez de Castro** (Madrid, 24 de marzo de 1809 – Madrid, 13 de febrero de 1837) fue un escritor, periodista y político español y uno de los más importantes exponentes del Romanticismo español.

Aunque escribió algunas poesías, varias obras teatrales y una novela histórica, el campo en el que Larra sobresalió fue el periodismo de opinión.

En sus artículos periodísticos, que pronto comenzó a firmar bajo el pseudónimo de *Fígaro*, retrata de forma precisa la sociedad de su tiempo en un intento por transformarla. En general, censura la ignorancia, el falso orgullo, la mala

educación, el deficiente funcionamiento de la Administración y los privilegios de la nobleza y de la Iglesia. Sus artículos se suelen clasificar en tres grupos:

- En los **artículos de costumbres** el autor lleva a cabo una sátira mordaz de los defectos de la sociedad española. El costumbrismo de Larra adquiere unos rasgos peculiares; no persigue simplemente realizar una descripción o divertir. Es de carácter subjetivo: lo emplea como medio para tratar temas más profundos, y la ironía, presente en muchos de sus artículos, esconde a menudo la queja y el dolor.
- En los **artículos políticos** analiza los acontecimientos de la época, haciendo objeto de sus dardos tanto a absolutistas como a liberales.
- En los **artículos literarios** Larra ejerce la crítica literaria y defiende los principios del Romanticismo. Destacan especialmente los dedicados al teatro.

Los artículos de Larra, que adoptan gran variedad de formas -crónicas, relatos breves, cartas-, destacan por la viveza de la narración y del diálogo, por su lenguaje claro y directo y, sobre todo, por su fuerza satírica. Entre sus artículos más conocidos se encuentran «El castellano viejo»; «El café», donde desenmascara la vanidad de las apariencias y presenta una sociedad grotesca; «Casarse pronto y mal», de carácter autobiográfico; «Vuelva usted mañana», que introduce la visión del extranjero que recuerda a Cadalso; «Quién es el público y dónde se encuentra»; «El mundo todo es máscaras, todo el año es carnaval»; «La sociedad», «En este país» o «El día de difuntos», en el que la ciudad es presentada como un inmenso cementerio que refleja una profunda decepción.

#### "Vuelva usted mañana"

Gran persona debió de ser el primero que llamó pecado mortal a la pereza. Nosotros, que ya en uno de nuestros artículos anteriores estuvimos más serios de lo que nunca nos habíamos propuesto, no entraremos ahora en largas y profundas investigaciones acerca de la historia de este pecado [...]

Estas reflexiones hacía yo casualmente no hace muchos días, cuando se presentó en mi casa un extranjero de estos que, en buena o en mala parte, han de tener siempre de nuestro país una idea exagerada e hiperbólica; de éstos que, o creen que los hombres aquí son todavía los espléndidos, francos, generosos y caballerescos seres de hace dos siglos, o que son aún las tribus nómadas del otro lado del Atlante: en el primer caso vienen imaginando que nuestro carácter se conserva tan intacto como nuestras ruinas; en el segundo vienen temblando por esos caminos, y preguntan si son los ladrones que los han de despojar los individuos de algún cuerpo de guardia establecido precisamente para defenderlos de los azares de un camino, comunes a todos los países.

[...]

Un extranjero de éstos fue el que se presentó en mi casa, provisto de competentes cartas de recomendación para mi persona. Asuntos intrincados de familia, reclamaciones futuras, y aun proyectos vastos concebidos en París de invertir aquí sus cuantiosos caudales en tal cual especulación industrial o mercantil, eran los motivos que a nuestra patria le conducían.

Acostumbrado a la actividad en que viven nuestros vecinos, me aseguró formalmente que pensaba permanecer aquí muy poco tiempo, sobre todo si no encontraba pronto objeto seguro en que invertir su capital. Me pareció el extranjero digno de alguna consideración, trabé presto amistad con él, y lleno de lástima traté de persuadirle a que se volviese a su casa cuanto antes, siempre que seriamente trajese otro fin que no fuese el de pasearse. Le admiró la proposición, y fue preciso explicarme más claro.

--Mirad --le dije--, monsieur Sans-Délai, que así se llamaba; vos venís decidido a pasar quince días, y a solventar en ellos vuestros asuntos.

--Ciertamente --me contestó--. Quince días, y es mucho. Mañana por la mañana buscamos un genealogista para mis asuntos de familia; por la tarde revuelve sus libros, busca mis ascendientes, y por la noche ya sé quién soy. En cuanto a mis reclamaciones, pasado mañana las presento fundadas en los datos que aquél me dé, legalizados en debida forma; y como será una cosa clara y de justicia innegable (pues sólo en este caso haré valer mis derechos), al tercer día se juzga el caso y soy dueño de lo mío. En cuanto a mis especulaciones, en qué pienso invertir mis caudales, al cuarto día ya habré presentado mis proposiciones. Serán buenas o malas, y admitidas o desechadas en el acto, y son cinco días; en el sexto, séptimo y octavo, veo lo que hay que ver en Madrid; descanso el noveno; el décimo tomo mi asiento en la diligencia, si no me conviene estar más tiempo aquí, y me vuelvo a mi casa; aún me sobran de los quince, cinco días.

Al llegar aquí monsieur Sans-Délai, traté de reprimir una carcajada que me andaba retozando ya hacía rato en el cuerpo, y si mi educación logró sofocar mi inoportuna jovialidad, no fue bastante a impedir que se asomase a mis labios una suave sonrisa de asombro y de lástima que sus planes ejecutivos me sacaban al rostro mal de mi grado.

--Permitidme, monsieur Sans-Délai --le dije entre socarrón y formal--, permitidme que os convide a comer para el día en que llevéis quince meses de estancia en Madrid.

--¿Cómo?

--Dentro de quince meses estáis aquí todavía.

--¿Os burláis?

--No por cierto.

--¿No me podré marchar cuando quiera? ¡Cierto que la idea es graciosa!

--Sabed que no estáis en vuestro país activo y trabajador.

--¡Oh!, los españoles que han viajado por el extranjero han adquirido la costumbre de hablar mal de su país por hacerse superiores a sus compatriotas.

--Os aseguro que en los quince días con que contáis, no habréis podido hablar siquiera a una sola de las personas cuya cooperación necesitáis.

--¡Hipérboles! Yo les comunicaré a todos mi actividad.

--Todos os comunicarán su inercia.

Conocí que no estaba el señor de Sans-Délai muy dispuesto a dejarse convencer sino por la experiencia, y callé por entonces, bien seguro de que no tardarían mucho los hechos en hablar por mí.

Amaneció el día siguiente, y salimos a buscar un genealogista, lo cual sólo se pudo hacer preguntando de amigo en amigo y de conocido en conocido; encontramos por fin, y el buen señor, aturdido de ver nuestra precipitación, declaró francamente que necesitaba tomarse algún tiempo; se le instó, y por mucho favor nos dijo definitivamente que nos diéramos una vuelta por allí dentro de unos días. Me sonreí y nos marchamos. Pasaron tres días: fuimos.

--Vuelva usted mañana --nos respondió la criada--, porque el señor no se ha levantado todavía.  
--Vuelva usted mañana --nos dijo al siguiente día--, porque el amo acaba de salir.  
--Vuelva usted mañana --nos respondió al otro--, porque el amo está durmiendo la siesta.  
--Vuelva usted mañana --nos respondió el lunes siguiente--, porque hoy ha ido a los toros.  
--¿Qué día, a qué hora se ve a un español? Le vimos por fin, y Vuelva usted mañana --nos dijo--  
-, porque se me ha olvidado. Vuelva usted mañana, porque no está en limpio.

A los quince días ya estuvo; pero mi amigo le había pedido una noticia del apellido Díez, y él había entendido Díaz y la noticia no servía. Esperando nuevas pruebas, nada dije a mi amigo, desesperado ya de dar jamás con sus abuelos.

Es claro que faltando este principio no tuvieron lugar las reclamaciones.

Para las proposiciones que acerca de varios establecimientos y empresas utilísimas pensaba hacer, había sido preciso buscar un traductor; por los mismos pasos que el genealogista nos hizo pasar el traductor; de mañana en mañana nos llevó hasta el fin del mes. Averiguamos que necesitaba dinero diariamente para comer, con la mayor urgencia; sin embargo, nunca encontraba momento oportuno para trabajar. El escribiente hizo después otro tanto con las copias, sobre llenarlas de mentiras, porque un escribiente que sepa escribir no lo hay en este país.

No paró aquí; un sastre tardó veinte días en hacerle un frac, que le había mandado llevarlo en veinticuatro horas; el zapatero le obligó con su tardanza a comprar botas hechas; la planchadora necesitó quince días para plancharle una camisola; y el sombrerero, a quien le había enviado su sombrero a variar el ala, le tuvo dos días con la cabeza al aire y sin salir de casa.

Sus conocidos y amigos no le asistían a una sola cita, ni avisaban cuando faltaban, ni respondían a sus esquelas <sup>(1)</sup>. ¡Qué formalidad y qué exactitud!

--¿Qué os parece esta tierra, monsieur Sans-Délai? --le dije al llegar a estas pruebas.  
--Me parece que son hombres singulares...  
--Pues así son todos. No comerán por no llevar la comida a la boca.

Se presentó con todo, yendo y viniendo días, una proposición de mejoras para un ramo que no citaré, quedando recomendada eficazísimamente.

A los cuatro días volvimos a saber el éxito de nuestra pretensión.

--Vuelva usted mañana --nos dijo el portero--. El oficial de la mesa <sup>(2)</sup> no ha venido hoy.  
--Grande causa le habrá detenido --dije yo entre mí. Fuimos a dar un paseo, y nos encontramos, ¡qué casualidad! al oficial de la mesa en el Retiro, ocupadísimo en dar una vuelta con su señora al hermoso sol de los inviernos claros de Madrid.

Martes era el día siguiente, y nos dijo el portero:

--Vuelva usted mañana, porque el señor oficial de la mesa no da audiencia hoy.  
--Grandes negocios habrán cargado sobre él--, dije yo.

Como soy el diablo y aun he sido duende, busqué ocasión de echar una ojeada por el agujero de una cerradura. Su señoría estaba echando un cigarrillo al brasero, y con una charada <sup>(3)</sup> del *Correo* entre manos que le debía costar trabajo acertar.

--Es imposible verle hoy --le dije a mi compañero--; su señoría está, en efecto, ocupadísimo.

Nos dio audiencia el miércoles inmediato, y ¡qué fatalidad! el expediente debía ahora convertirse en informe, por desgracia, y la persona encargada de ello era la única persona enemiga para el fin de monsieur y de su plan, porque era quien debía salir en él perjudicado. Tardó el expediente dos meses en ser informe [...].

Vuelto informe, en la sección de la bendita oficina se cayó en la cuenta de que el tal expediente no correspondía a aquella sección; era preciso rectificar este pequeño error; se pasó a la sección correspondiente, y hétenos caminando después de tres meses a la cola siempre de nuestro expediente, como hurón que busca el conejo, y sin poderlo sacar muerto ni vivo de la huronera. Fue el caso que el expediente se perdió por el camino.

--De aquí se remitió con fecha de tantos --decían en una sección.

--Aquí no ha llegado nada --decían en la otra.

--¿Sabéis que nuestro expediente se ha quedado en el aire y que debe de estar ahora posado como una paloma sobre algún tejado de esta activa población? --dije yo a monsieur Sans-Délai.

Hubo que hacer otro. ¡Vuelta a los empeños! ¡Vuelta a la prisa! ¡Qué delirio!

[...] Por último, después de cerca de medio año de subir y bajar, y estar a la firma o al informe, o a la aprobación, o al despacho, o debajo de la mesa, y de *volver* siempre mañana, el dichoso informe salió con una notita al margen que decía: "A pesar de la justicia y utilidad del plan del exponente, negado".

--¡Ah, ah, monsieur Sans-Délai! --exclamé riéndome a carcajadas--; éste es nuestro negocio.  
[...]

--¿Para esto he echado yo viaje tan largo? ¿Después de seis meses no habré conseguido sino que me digan en todas partes diariamente: *Vuelva usted mañana?* ¿Y cuando este dichoso *mañana* llega, en fin, nos dicen redondamente que *no*? ¿Y vengo a darles dinero? ¿Y vengo a hacerles favor? Preciso es que la intriga más enredada se haya fraguado para oponerse a nuestras miras.

--¿Intriga, monsieur Sans-Délai? No hay hombre capaz de seguir dos horas una intriga. La pereza es la verdadera intriga; os juro que no hay otra; ésa es la gran causa oculta: es más fácil negar las cosas que enterarse de ellas.

Al llegar aquí, no quiero pasar en silencio algunas razones de las que me dieron para la anterior negativa, aunque sea una pequeña digresión.

--Ese hombre se va a perder --me decía un personaje muy grave y muy patriótico.

--Esa no es una razón --le repuse--; si él se arruina, nada, nada se habrá perdido en concederle lo que pide; él llevará el castigo de su osadía o de su ignorancia.

[...]

--En fin, señor Fígaro, es un extranjero.

--¿Y por qué no lo hacen los naturales del país?

--Con esas socaliñas <sup>(4)</sup> vienen a sacarnos la sangre.

--Señor mío --exclamé, sin llevar más adelante mi paciencia--, está usted en un error harto general. [...] Un extranjero --seguí --que corre a un país que le es desconocido, para arriesgar en él sus caudales, pone en circulación un capital nuevo, contribuye a la sociedad, a quien hace un inmenso beneficio con su talento y su dinero. Si pierde, es un héroe; si gana, es muy justo que logre el premio de su trabajo, pues nos proporciona ventajas que no podíamos acarrearlos solos. Ese extranjero que se establece en este país, no viene a sacar de él el dinero, como usted supone; necesariamente se establece y se arraiga en él, y a la vuelta de media docena de años, ni es extranjero ya, ni puede serlo; sus más caros intereses y su familia le ligan al nuevo país que ha adoptado; toma cariño al suelo donde ha hecho su fortuna, al pueblo donde ha escogido una compañera; sus hijos son españoles, y sus nietos lo serán; en vez de extraer el dinero, ha venido a dejar un capital suyo que traía, invirtiéndolo y haciéndolo producir; ha dejado otro capital de talento, que vale por lo menos tanto como el del dinero; ha dado de comer a los pocos o muchos naturales de quien ha tenido necesariamente que valerse; ha hecho una mejora, y hasta ha contribuido al aumento de la población con su nueva familia. Convencidos de estas importantes verdades, todos los gobiernos sabios y prudentes han llamado a sí a los extranjeros: a su grande hospitalidad ha debido siempre la Francia su alto grado de esplendor; a los extranjeros de todo el mundo que ha llamado la Rusia, ha debido el llegar a ser una de las primeras naciones en muchísimo menos tiempo que el que han tardado otras en llegar a ser las últimas; a los extranjeros han debido los Estados Unidos... Pero veo por sus gestos de usted --concluí interrumpiéndome oportunamente a mí mismo-- que es muy difícil convencer al que está persuadido de que no se debe convencer. ¡Por cierto, si usted mandara, podríamos fundar en usted grandes esperanzas!

Concluida esta filípica <sup>(5)</sup>, fui en busca de mi Sans-Délai.

--Me marcho, señor Fígaro--me dijo--. En este país no hay tiempo para hacer nada; sólo me limitaré a ver lo que haya en la capital de más notable.  
--¡Ay! mi amigo --le dije--, idos en paz, y no queráis acabar con vuestra poca paciencia; mirad que la mayor parte de nuestras cosas no se ven.  
--¿Es posible?  
--¿Nunca me habéis de creer? Acordaos de los quince días...

Un gesto de monsieur Sans-Délai me indicó que no le había gustado el recuerdo.

--Vuelva usted mañana--nos decían en todas partes--, porque hoy no se ve.  
--Ponga usted un memorialito <sup>(6)</sup> para que le den a usted permiso especial.

Era cosa de ver la cara de mi amigo al oír lo del memorialito: representábasele en la imaginación el informe, y el empeño, y los seis meses, y... Se contentó con decir: --Soy extranjero--. ¡Buena recomendación entre los amables compatriotas míos!

Se aturdía mi amigo cada vez más, y cada vez nos comprendía menos. Finalmente, después de medio año largo, se restituyó mi recomendado a su patria maldiciendo de esta tierra, y dándome la razón que yo ya antes me tenía, y llevando al extranjero noticias excelentes de nuestras costumbres; diciendo, sobre todo, que en seis meses no había podido hacer otra cosa sino *volver siempre mañana*, y que a la vuelta de tanto *mañana*, eternamente futuro, lo mejor, o más bien lo único que había podido hacer bueno, había sido marcharse.

¿Tendrá razón, perezoso lector (si es que has llegado ya a esto que estoy escribiendo), tendrá razón el buen monsieur Sans-Délai en hablar mal de nosotros y de nuestra pereza? ¿Será cosa de que vuelva el día de *mañana* con gusto a visitar nuestros hogares? Dejemos esta cuestión para mañana, porque ya estarás cansado de leer hoy: si mañana u otro día no tienes, como sueles, pereza de volver a la librería, pereza de sacar tu bolsillo y pereza de abrir los ojos para hojear los pocos folletos que tengo que darte, te contaré cómo a mí mismo, que todo esto veo y conozco y callo mucho más, me ha sucedido muchas veces, llevado de esta influencia, hija del clima y *de otras causas*, perder de pereza más de una conquista amorosa; abandonar más de una pretensión empezada y las esperanzas de más de un empleo, que me hubiera sido acaso, con más actividad, poco menos que asequible; renunciar, en fin, por pereza de hacer una visita justa o necesaria, a relaciones sociales que hubieran podido valerme de mucho en el transcurso de mi vida; te confesaré que no hay negocio que pueda hacer hoy que no deje para mañana; te referiré que me levanto a las once, y duermo siesta; que paso haciendo el quinto pie de la mesa de un café, hablando o roncando, como buen español, las siete y las ocho horas seguidas; te añadiré que cuando cierran el café, me arrastro lentamente a mi tertulia diaria (porque de pereza no tengo más que una), y un cigarrito tras otro me alcanzan clavado en un sitio, y bostezando sin cesar, las doce o la una de la madrugada; que muchas noches no ceno de pereza, y de pereza no me acuesto; en fin, lector de mi alma, te declararé que de tantas veces como estuve en esta vida desesperado, ninguna me ahorqué y siempre fue de pereza. Y concluyo por hoy confesándote que ha más de tres meses que tengo, como la primera entre mis apuntes, el título de este artículo, que llamé: *Vuelva usted mañana*; que todas las noches y muchas tardes he querido durante ese tiempo escribir algo en él, y todas las noches

apagaba mi luz diciéndome a mí mismo con la más pueril credulidad en mis propias resoluciones: ¡Eh, mañana lo escribiré! Da gracias a que llegó por fin este *mañana*, que no es del todo malo; pero ¡ay de aquel mañana que no ha de llegar jamás!

(*El Pobrecito Hablador*, enero de 1833)

### Vocabulario:

- (1) Esquelas: notas, avisos
- (2) El oficial de la mesa: el encargado o jefe de sección
- (3) Charada: adivinanza
- (4) Socaliñas: pretextos, excusas
- (5) Filípica: discurso, carta.
- (6) Memorialito: petición.

### Actividades:

1. Hasta el momento en que presenta al extranjero, al comienzo del segundo párrafo, el narrador hace una introducción al relato. ¿Cuál es la idea principal que hay en ella? ¿Qué relación tiene este fragmento con el resto de la historia?
2. ¿Quién es el “nosotros” al que se refiere en este primer párrafo?
3. ¿Para qué viene el extranjero a España? ¿Qué pretende?
4. ¿A quién hace referencia Larra cuando dice: “Acostumbrado a la actividad en que viven nuestros vecinos” (párrafo 6º)?
5. ¿A qué se dedica un genealogista?
6. ¿Qué quiere decir el narrador cuando afirma “Pues así son todos. No comerán por no llevar la comida a la boca (subrayado en el texto)?
7. ¿Logra Monsieur Sans-Délai su propósito?
8. ¿Qué pretende Larra al escribir este artículo?
9. Como podrás observar, la parte principal del texto es el relato de lo ocurrido a este pobre extranjero. Pero, antes y después del relato hay otras partes, ¿Cómo las denominarías? ¿Para qué sirven?
10. ¿Es éste un texto meramente narrativo, como un cuento? Razona la respuesta.

## Actividad 9: La segunda mitad del XIX. La prosa posromántica. Las *Leyendas* de Bécquer

### Las *Leyendas* de Bécquer

El gusto por lo legendario invade la literatura romántica; así, además de manifestarse en verso, afecta a diversos géneros en prosa. En la segunda parte de la centuria este tipo de contenidos tiene su máxima expresión en las *Leyendas* de Bécquer.

Los dieciocho relatos que conforman las *Leyendas* tienen frecuentemente un origen folclórico y narran diversos hechos extraordinarios o sobrenaturales. Entre ellas destacan títulos como *El Monte de las Ánimas*, *Maese Pérez el organista*, *El rayo de luna*, *Los ojos verdes* y *La corza blanca*.

En estas narraciones, protagonizadas en su mayoría por seres refinados, se pueden observar múltiples rasgos románticos: la recuperación de la cultura popular, el medievalismo, la atmósfera de misterio, la atracción por lo fantástico y sobrenatural... Así también, es frecuente en su prosa el tema romántico de la mujer ideal, el desengaño o el ansia de amor absoluto. La mujer, como ocurría en sus versos, además de objeto del amor, es a menudo el símbolo de la perfección estética.

Todos estos motivos aparecen expresados en una prosa poética en la que Bécquer combina magistralmente el lirismo con la tensión narrativa. Precisamente, ese carácter lírico y rítmico de sus relatos constituye un precedente de la prosa poética modernista.

#### El monte de las ánimas

La noche de difuntos me despertó a no sé qué hora el doble de las campanas; su tañido monótono y eterno me trajo a la mente esta tradición que oí hace poco en Soria.

Intenté dormir de nuevo; ¡imposible! Una vez aguijoneada, la imaginación es un caballo que se desboca y al que no sirve tirarle de la rienda. Por pasar el rato me decidí a escribirla, como en efecto lo hice.

Yo la oí en el mismo lugar en que acaeció, y la he escrito volviendo algunas veces la cabeza con miedo cuando sentía crujir los cristales de mi balcón, estremecidos por el aire frío de la noche. Sea de ello lo que quiera, *ahí va*, como el caballo de copas.

I

-Atad los perros; haced la señal con las trompas para que se reúnan los cazadores, y demos la vuelta a la ciudad. La noche se acerca, es día de Todos los Santos y estamos en el Monte de las Ánimas.

-¡Tan pronto!

-A ser otro día, no dejara yo de concluir con ese rebaño de lobos que las nieves del Moncayo han arrojado de sus madrigueras; pero hoy es imposible. Dentro de poco sonará la

oración en los Templarios, y las ánimas de los difuntos comenzarán a tañer su campana en la capilla del monte.

-¡En esa capilla ruinosa! ¡Bah! ¿Quieres asustarme?

-No, hermosa prima; tú ignoras cuanto sucede en este país, porque aún no hace un año que has venido a él desde muy lejos. Refrena tu yegua, yo también pondré la mía al paso, y mientras dure el camino te contaré esa historia.

Los pajes se reunieron en alegres y bulliciosos grupos; los condes de Borge y de Alcudiel montaron en sus magníficos caballos, y todos juntos siguieron a sus hijos Beatriz y Alonso, que precedían la comitiva a bastante distancia.

Mientras duraba el camino, Alonso narró en estos términos la prometida historia:

-Ese monte que hoy llaman de las Ánimas, pertenecía a los Templarios, cuyo convento ves allí, a la margen del río. Los Templarios eran guerreros y religiosos a la vez. Conquistada Soria a los árabes, el rey los hizo venir de lejanas tierras para defender la ciudad por la parte del puente, haciendo en ello notable agravio a sus nobles de Castilla; que así hubieran solos sabido defenderla como solos la conquistaron.

Entre los caballeros de la nueva y poderosa Orden y los hidalgos de la ciudad fermentó por algunos años, y estalló al fin, un odio profundo. Los primeros tenían acotado ese monte, donde reservaban caza abundante para satisfacer sus necesidades y contribuir a sus placeres; los segundos determinaron organizar una gran batida en el coto, a pesar de las severas prohibiciones de los *clérigos con espuelas*, como llamaban a sus enemigos.

Cundió la voz del reto, y nada fue parte a detener a los unos en su manía de cazar y a los otros en su empeño de estorbarlo. La proyectada expedición se llevó a cabo. No se acordaron de ella las fieras; antes la tendrían presente tantas madres como arrastraron sendos lutos por sus hijos. Aquello no fue una cacería, fue una batalla espantosa: el monte quedó sembrado de cadáveres, los lobos a quienes se quiso exterminar tuvieron un sangriento festín. Por último, intervino la autoridad del rey: el monte, maldita ocasión de tantas desgracias, se declaró abandonado, y la capilla de los religiosos, situada en el mismo monte y en cuyo atrio se enterraron juntos amigos y enemigos, comenzó a arruinarse.

Desde entonces dicen que cuando llega la noche de difuntos se oye doblar sola la campana de la capilla, y que las ánimas de los muertos, envueltas en jirones de sus sudarios, corren como en una cacería fantástica por entre las breñas y los zarzales. Los ciervos braman espantados, los lobos aúllan, las culebras dan horrorosos silbidos, y al otro día se han visto impresas en la nieve las huellas de los descarnados pies de los esqueletos. Por eso en Soria le llamamos el Monte de las Ánimas, y por eso he querido salir de él antes que cierre la noche.

La relación de Alonso concluyó justamente cuando los dos jóvenes llegaban al extremo del puente que da paso a la ciudad por aquel lado. Allí esperaron al resto de la comitiva, la cual, después de incorporárseles los dos jinetes, se perdió por entre las estrechas y oscuras calles de Soria.

## II

Los servidores acababan de levantar los manteles; la alta chimenea gótica del palacio de los condes de Alcudiel despedía un vivo resplandor iluminando algunos grupos de damas y caballeros que alrededor de la lumbre conversaban familiarmente, y el viento azotaba los emplomados vidrios de las ojivas del salón.

Solas dos personas parecían ajenas a la conversación general: Beatriz y Alonso: Beatriz seguía con los ojos, absorta en un vago pensamiento, los caprichos de la llama. Alonso miraba el reflejo de la hoguera chispear en las azules pupilas de Beatriz.

Ambos guardaban hacía rato un profundo silencio.

Las dueñas referían, a propósito de la noche de difuntos, cuentos tenebrosos en que los espectros y los aparecidos representaban el principal papel; y las campanas de las iglesias de Soria doblaban a lo lejos con un tañido monótono y triste.

-Hermosa prima -exclamó al fin Alonso rompiendo el largo silencio en que se encontraban;- pronto vamos a separarnos tal vez para siempre; las áridas llanuras de Castilla, sus costumbres

toscas y guerreras, sus hábitos sencillos y patriarcales sé que no te gustan; te he oído suspirar varias veces, acaso por algún galán de tu lejano señorío.

Beatriz hizo un gesto de fría indiferencia; todo un carácter de mujer se reveló en aquella desdeñosa contracción de sus delgados labios.

-Tal vez por la pompa de la corte francesa; donde hasta aquí has vivido -se apresuró a añadir el joven-. De un modo o de otro, presiento que no tardaré en perderte... Al separarnos, quisiera que llevases una memoria mía... ¿Te acuerdas cuando fuimos al templo a dar gracias a Dios por haberte devuelto la salud que viniste a buscar a esta tierra? El joyel que sujetaba la pluma de mi gorra cautivó tu atención. ¡Qué hermoso estaría sujetando un velo sobre tu oscura cabellera! Ya ha prendido el de una desposada; mi padre se lo regaló a la que me dio el ser, y ella lo llevó al altar... ¿Lo quieres?

-No sé en el tuyo -contestó la hermosa-, pero en mi país una prenda recibida compromete una voluntad. Sólo en un día de ceremonia debe aceptarse un presente de manos de un deudo... que aún puede ir a Roma sin volver con las manos vacías.

El acento helado con que Beatriz pronunció estas palabras turbó un momento al joven, que después de serenarse dijo con tristeza:

-Lo sé prima; pero hoy se celebran Todos los Santos, y el tuyo ante todos; hoy es día de ceremonias y presentes. ¿Quieres aceptar el mío?

Beatriz se mordió ligeramente los labios y extendió la mano para tomar la joya, sin añadir una palabra.

Los dos jóvenes volvieron a quedarse en silencio, y volvióse a oír la cascada voz de las viejas que hablaban de brujas y de trasgos y el zumbido del aire que hacía crujir los vidrios de las ojivas, y el triste monótono doblar de las campanas.

Al cabo de algunos minutos, el interrumpido diálogo tornó a anudarse de este modo:

-Y antes de que concluya el día de Todos los Santos, en que así como el tuyo se celebra el mío, y puedes, sin atar tu voluntad, dejarme un recuerdo, ¿no lo harás? -dijo él clavando una mirada en la de su prima, que brilló como un relámpago, iluminada por un pensamiento diabólico.

-¿Por qué no? -exclamó ésta llevándose la mano al hombro derecho como para buscar alguna cosa entre los pliegues de su ancha manga de terciopelo bordado de oro... Después, con una infantil expresión de sentimiento, añadió:

-¿Te acuerdas de la banda azul que llevé hoy a la cacería, y que por no sé qué emblema de su color me dijiste que era la divisa de tu alma?

-Sí.

-Pues... ¡se ha perdido! Se ha perdido, y pensaba dejártela como un recuerdo.

-¡Se ha perdido!, ¿y dónde? -preguntó Alonso incorporándose de su asiento y con una indescriptible expresión de temor y esperanza.

-No sé... en el monte acaso.

-¡En el Monte de las Ánimas -murmuró palideciendo y dejándose caer sobre el sitial-; en el Monte de las Ánimas!

Luego prosiguió con voz entrecortada y sorda:

-Tú lo sabes, porque lo habrás oído mil veces; en la ciudad, en toda Castilla, me llaman el rey de los cazadores. No habiendo aún podido probar mis fuerzas en los combates, como mis ascendentes, he llevado a esta diversión, imagen de la guerra, todos los bríos de mi juventud, todo el ardor, hereditario en mi raza. La alfombra que pisan tus pies son despojos de fieras que he muerto por mi mano. Yo conozco sus guaridas y sus costumbres; y he combatido con ellas de día y de noche, a pie y a caballo, solo y en batida, y nadie dirá que me ha visto huir del peligro en ninguna ocasión. Otra noche volaría por esa banda, y volaría gozoso como a una fiesta; y, sin embargo, esta noche... esta noche. ¿A qué ocultártelo?, tengo miedo. ¿Oyes? Las campanas doblan, la oración ha sonado en San Juan del Duero, las ánimas del monte comenzarán ahora a levantar sus amarillentos cráneos de entre las malezas que cubren sus fosas... ¡las ánimas!, cuya sola vista puede helar de horror la sangre del más valiente, tornar

sus cabellos blancos o arrebatarle en el torbellino de su fantástica carrera como una hoja que arrastra el viento sin que se sepa adónde.

Mientras el joven hablaba, una sonrisa imperceptible se dibujó en los labios de Beatriz, que cuando hubo concluido exclamó con un tono indiferente y mientras atizaba el fuego del hogar, donde saltaba y crujía la leña, arrojando chispas de mil colores:

-¡Oh! Eso de ningún modo. ¡Qué locura! ¡Ir ahora al monte por semejante friolera! ¡Una noche tan oscura, noche de difuntos, y cuajado el camino de lobos!

Al decir esta última frase, la recargó de un modo tan especial, que Alonso no pudo menos de comprender toda su amarga ironía, movido como por un resorte se puso de pie, se pasó la mano por la frente, como para arrancarse el miedo que estaba en su cabeza y no en su corazón, y con voz firme exclamó, dirigiéndose a la hermosa, que estaba aún inclinada sobre el hogar entreteniéndose en revolver el fuego:

-Adiós Beatriz, adiós... Hasta pronto.

-¡Alonso! ¡Alonso! -dijo ésta, volviéndose con rapidez; pero cuando quiso o aparentó querer detenerle, el joven había desaparecido.

A los pocos minutos se oyó el rumor de un caballo que se alejaba al galope. La hermosa, con una radiante expresión de orgullo satisfecho que coloreó sus mejillas, prestó atento oído a aquel rumor que se debilitaba, que se perdía, que se desvaneció por último.

Las viejas, en tanto, continuaban en sus cuentos de ánimas aparecidas; el aire zumbaba en los vidrios del balcón y las campanas de la ciudad doblaban a lo lejos.

### III

Había pasado una hora, dos, tres; la media noche estaba a punto de sonar, y Beatriz se retiró a su oratorio. Alonso no volvía, no volvía, cuando en menos de una hora pudiera haberlo hecho.

-¡Habrà tenido miedo! -exclamó la joven cerrando su libro de oraciones y encaminándose a su lecho, después de haber intentado inútilmente murmurar algunos de los rezos que la iglesia consagra en el día de difuntos a los que ya no existen.

Después de haber apagado la lámpara y cruzado las dobles cortinas de seda, se durmió; se durmió con un sueño inquieto, ligero, nervioso.

Las doce sonaron en el reloj del Postigo. Beatriz oyó entre sueños las vibraciones de la campana, lentas, sordas, trístimas, y entreabrió los ojos. Creía haber oído a par de ellas pronunciar su nombre; pero lejos, muy lejos, y por una voz ahogada y doliente. El viento gemía en los vidrios de la ventana.

-Será el viento -dijo; y poniéndose la mano sobre el corazón, procuró tranquilizarse. Pero su corazón latía cada vez con más violencia. Las puertas de alerce del oratorio habían crujido sobre sus goznes, con un chirrido agudo prolongado y estridente.

Primero unas y luego las otras más cercanas, todas las puertas que daban paso a su habitación iban sonando por su orden, éstas con un ruido sordo y grave, aquéllas con un lamento largo y crispador. Después silencio, un silencio lleno de rumores extraños, el silencio de la media noche, con un murmullo monótono de agua distante; lejanos ladridos de perros, voces confusas, palabras ininteligibles; ecos de pasos que van y vienen, crujir de ropas que se arrastran, suspiros que se ahogan, respiraciones fatigosas que casi se sienten, estremecimientos involuntarios que anuncian la presencia de algo que no se ve y cuya aproximación se nota no obstante en la oscuridad.

Beatriz, inmóvil, temblorosa, adelantó la cabeza fuera de las cortinillas y escuchó un momento. Oía mil ruidos diversos; se pasaba la mano por la frente, tornaba a escuchar: nada, silencio. Veía, con esa fosforescencia de la pupila en las crisis nerviosas, como bultos que se movían en todas direcciones; y cuando dilatándolas las fijaba en un punto, nada, oscuridad, las sombras impenetrables.

-¡Bah! -exclamó, volviendo a recostar su hermosa cabeza sobre la almohada de raso azul del lecho-; ¿soy yo tan miedosa como esas pobres gentes, cuyo corazón palpita de terror bajo una armadura, al oír una conseja de aparecidos?

Y cerrando los ojos intentó dormir...; pero en vano había hecho un esfuerzo sobre sí misma. Pronto volvió a incorporarse más pálida, más inquieta, más aterrada. Ya no era una ilusión: las colgaduras de brocado de la puerta habían rozado al separarse, y unas pisadas lentas sonaban sobre la alfombra; el rumor de aquellas pisadas era sordo, casi imperceptible, pero continuado, y a su compás se oía crujir una cosa como madera o hueso. Y se acercaban, se acercaban, y se movió el reclinatorio que estaba a la orilla de su lecho. Beatriz lanzó un grito agudo, y arrebujándose en la ropa que la cubría, escondió la cabeza y contuvo el aliento.

El aire azotaba los vidrios del balcón; el agua de la fuente lejana caía y caía con un rumor eterno y monótono; los ladridos de los perros se dilataban en las ráfagas del aire, y las campanas de la ciudad de Soria, unas cerca, otras distantes, doblaban tristemente por las ánimas de los difuntos.

Así pasó una hora, dos, la noche, un siglo, porque la noche aquella pareció eterna a Beatriz. Al fin despuntó la aurora: vuelta de su temor, entreabrió los ojos a los primeros rayos de la luz. Después de una noche de insomnio y de terrores, ¡es tan hermosa la luz clara y blanca del día! Separó las cortinas de seda del lecho, y ya se disponía a reírse de sus temores pasados, cuando de repente un sudor frío cubrió su cuerpo, sus ojos se desencajaron y una palidez mortal descoloró sus mejillas: sobre el reclinatorio había visto sangrienta y desgarrada la banda azul que perdiera en el monte, la banda azul que fue a buscar Alonso.

Cuando sus servidores llegaron despavoridos a noticiarle la muerte del primogénito de Alcudiel, que a la mañana había aparecido devorado por los lobos entre las malezas del Monte de las Ánimas, la encontraron inmóvil, crispada, asida con ambas manos a una de las columnas de ébano del lecho, desencajados los ojos, entreabierta la boca; blancos los labios, rígidos los miembros, muerta; ¡muerta de horror!

#### IV

Dicen que después de acaecido este suceso, un cazador extraviado que pasó la noche de difuntos sin poder salir del Monte de las Ánimas, y que al otro día, antes de morir, pudo contar lo que viera, refirió cosas horribles. Entre otras, asegura que vio a los esqueletos de los antiguos templarios y de los nobles de Soria enterrados en el atrio de la capilla levantarse al punto de la oración con un estrépito horrible, y, caballeros sobre osamentas de corceles, perseguir como a una fiera a una mujer hermosa, pálida y desmelenada, que con los pies desnudos y sangrientos, y arrojando gritos de horror, daba vueltas alrededor de la tumba de Alonso.

### Actividades:

1. Bécquer dice que ha escrito esta leyenda que ha oído contar en Soria, ¿por qué crees que le dice esto al lector? ¿cuál puede ser su intención?
2. ¿Quiénes son los protagonistas del relato? ¿Qué relación existe entre ellos? ¿Qué parece sentir Alonso hacia Beatriz? ¿Y Beatriz hacia él?
3. ¿Qué hacían Beatriz y Alonso en el monte de las ánimas junto a sus familias?
4. ¿Por qué deben abandonar ese monte?
5. ¿Quiénes eran los Templarios?
6. ¿Por qué se odiaban los nobles castellanos y los caballeros templarios?
7. ¿Qué le regala Alonso a su prima? ¿Y ella a él?
8. ¿Qué oye Beatriz al dar las doce? ¿Qué descubre al llegar el alba?
9. ¿Cuál es el final de los jóvenes?
10. ¿Qué características de la literatura romántica puedes ver reflejadas en este relato?

## **Actividad 10: La segunda mitad del XIX. El Realismo. Emilia Pardo Bazán y *La capitana***

### **Introducción: la prosa de la segunda mitad del XIX**

La prosa narrativa, especialmente la novela, fue la gran protagonista de la literatura desde mediados del siglo XIX. La aparición en la literatura europea de nuevas orientaciones novelescas tuvo una importante manifestación en España con las obras de los novelistas realistas.

El origen de esta nueva línea narrativa está en la reacción contra la prosa romántica, tanto por principios estéticos como por ideología: la evasión hacia el pasado del Romanticismo (que produjo la novela histórica) va a sustituirse por una preocupación por el presente, por la "realidad contemporánea". La observación sustituye a la imaginación como base narrativa: el reflejo detallista de la realidad será la preocupación principal del novelista.

La historia del realismo novelesco español del siglo XIX arranca de la publicación de *La Gaviota*, de Fernán Caballero, en 1849. El costumbrismo romántico, del que parte Fernán Caballero, adopta en sus obras un desarrollo cada vez más novelesco; por ello se suele hablar de esta autora como de "prerrealista". Y tras ella comenzarían a aparecer las novelas de Alarcón, Pereda, Palacio Valdés, Valera, Pardo Bazán, Pérez Galdós, Clarín y Blasco Ibáñez, entre otros muchos novelistas de menor importancia.

El relato corto y el cuento ocuparon un lugar importante en el conjunto de la prosa narrativa realista. Prácticamente todos los autores citados intentaron este género --cuyo modelo básico se encuentra en los cuentos de Fernán Caballero-- , aunque el interés de sus novelas ocultó muchas veces el de sus cuentos; éste es el caso de Emilia Pardo Bazán o de Clarín. Una gran popularidad acompañó a algunos autores hoy bastante olvidados, como Antonio de Trueba.

#### **Emilia Pardo Bazán. *La capitana***

Aquellos que consideran a la mujer un ser débil y vinculan en el sexo masculino el valor y las dotes de mando, debieran haber conocido a la célebre Pepona, y saber de ella, no lo que consta en los polvorientos legajos de la escribanía de actuaciones, sino la realidad palpitante y viva.

Manceba, encubridora y espía de ladrones; esperándolos al acecho para avisarlos, o a domicilio para esconderlos; ayudándolos y hasta acompañándolos, se ha visto a la mujer; pero la Pepona no ejercía ninguno de estos oficios subalternos; era, reconocidamente, capitana de numerosa y bien organizada gavilla.

Jamás conseguí averiguar cuáles fueron los primeros pasos de Pepona: cómo *debutó* en la carrera hacia la cual sentía genial vocación. Cuando la conocí, ya eran teatro de sus proezas las ferias y los caminos de dos provincias. No quisiera que os representaseis a Pepona de una manera falsa y romántica, con el terciado calañés y el tabuco de Carmen, ni siquiera con una navaja escondida entre la camisa y el ajustador de caña que usaban por entonces las aldeanas de mi tierra. Consta, al contrario, que aquella varona no gastó en su vida más arma que la vara de agujón que le servía para picar a los bueyes y al peludo rocín en que cabalgaba. Le eran antipáticos a Pepona los medios violentos, y al derramamiento de sangre le tenía verdadera repugnancia. ¿De qué se trataba? ¿De robar? Pues a hacerlo en grande, pero sin escándalo ni daño. No provenía este sistema de blandura de corazón, sino de cálculo habilísimo para evitar un mal negocio que parase en la horca.

La táctica de Pepona era como sigue: Montada en su cuartago, iba a la feria, provista de banasta para las adquisiciones, como una honrada casera del conde de Borrajeiros o del marqués de Ulloa. En la feria la aguardaban ya los de su gavilla, bajo igual disfraz de labriegos pacíficos. Mientras feriba una rueca, un candil o una libra de cerro, Pepona observaba atentamente a los tratantes; y sus espías, en la taberna, avizoraban los tratos cerrados por un vaso de lo añejo. Sabedores de adónde se dirigía el que acababa de vender la pareja de bueyes y regresaba con las onzas de oro ocultas en el cinto, se adelantaban a esperarle en sitio favorable y solitario. Los ladrones solían tiznarse o enmascararse con un paño negro. Pepona no intervenía; asistía emboscada tras un grupo de árboles. Si aparecía era para impedir que maltratasen o matasen al robado y para dejarle *el consuelo*, pequeña cantidad que algunos salteadores conceden a los despojados para que beban en el camino.

La *justicia* era favorable a Pepona, que llevaba cordiales relaciones con oidores, fiscales y procuradores, y con la aristocracia rural. Jamás intentó aquella sagaz diplomática un golpe contra los castillos y pazos; al revés de los bandidos andaluces -¡profunda diferencia de las razas!-, Pepona sólo robaba a los pobres trajinantes, arrieros o labriegos que llevaban al señor su canon de renta.

¡Ah! Era mejor tener a Pepona amiga que enemiga, y bien lo sabía la única clase social algo elevada, a la cual profesaba la capitana odio jurado. Verdad que esta clase siempre ha sufrido persecución de ladrones, al menos en Galicia. Me refiero a los curas. Se les creía, y se les cree aún, partidarios de esconder en el jergón los ahorros, y se pierde la cuenta de las tostaduras de pies y rociones de aceite hirviendo que les han aplicado los bandidos. Sin embargo, en Pepona se advertía algo especial: una saña de explicación difícil, y acerca de cuyo origen se fantaseaban mil historias.

Lo cierto es que Pepona, tan clemente, era con los curas encarnizadamente cruel, y acaso ellos fueron los que añadieron a su nombre el alias de *la Loba*. Reinaba, pues, el terror entre la gente tonsurada, que sólo bien provista de armas y con escolta se atrevía a asomar en romerías y ferias, cuando acertó a tomar posesión del curato de Treselle un jovencillo boquirrubio, amable y sociable, eficazmente recomendado por el arzobispo a los señores de diez leguas en contorno. Al enterarse, por conversaciones de sacristía, del peligro que los de su profesión corrían con Pepona, el curita sonrió y dijo suavemente, con cierta ironía delicada:

-¿A qué ponderan? ¿A qué tienen miedo a una mujer? ¡Miedo a una mujer los hombres!

¡Oídos que oyeron tal! Sus compañeros se le echaron encima como jauría furiosa. ¿A ver si se atrevía él con *la Loba*, ya que era tan guapo y tan sereno? ¿A ver si le mandaban a soltar andaluzadas a otra parte? ¡Que se enzarzase con la gavilla y su capitana, y ya le freirían el cuerpo! ¿Pensaba que los demás eran algunas madamitas, o qué?

-Con la gavilla no me atrevo -dijo el muchacho cuando se calmó el alboroto-, por aquello de que dos moros pueden más que un cristiano; pero lo que es con la señora *Loba...*, caramba, de *hombre a hombre...*

Desde aquel día, el joven abad de Treselle pasó por jactancioso y botarate, y se le dieron bromas pesadas, que en la feria del 15 de agosto tomaron ya carácter agresivo. Era a los postres de una comida en la posada de la Micaela, en Cebre, donde se sirve excelente vino viejo y un cocido monumental de chorizo, jamón y oreja; los curas habían resuelto dormir allí, y no volver a sus casas hasta el día siguiente, escoltados, porque en la feria rondaba Pepona. Y el abad de Treselle, sofocado, exclamó al ensopar el último bizcocho en la última copa de *Tostado dulce*:

-Pues para que ustedes vean... No soy ningún valentón, pero soy capaz ahora mismo de largarme solito a la rectoral. ¡Eh! ¡Micaela! ¡Que *arreen* mi *caballería*!

Minutos después, la yegüecita castaña del abad, viva y redonda de ancas, esperaba a la puerta del mesón. Despidiéndose de los asustados comensales, el cura montó y desapareció al trote. ¡Madre del Corpiño! ¡En la que se metía! ¡Cosas de muchachos! Ya vería, ya...

Algunos párrocos, avergonzados, repitieron:

-Convenía acompañarle...

Pero nadie se decidió a realizarlo. ¡Allá él, ya que era tan fanfarrón!

Caía el sol, y el cura, al transponer las últimas casas de Cebre, sintió que el corazón se le apretaba, y refrenó la yegua, mirando receloso alrededor. Sus mejillas, antes encendidas por la disputa, estaban ahora pálidas. El alma se le achicaba. «Hice mal, pero no es cosa de volverse. Tengo miedo -pensó-. A serenarse». Tocó con el arzón las pistoleras; llevaba dos pistolas inglesas magníficas, regalo del marqués de Ulloa. En el pecho sintió el bulto de un cuchillo de picar tabaco. Entonces se rehizo e inspeccionó el terreno. La carretera se hallaba desierta; en los altos pinos el viento gemía fúnebres estrofas.

El abad aguijó a su montura. Al recodo del camino, donde tuerce y lo dominan calvos peñascos, surgió una figura membruda y alta. La yegua se detuvo, empujando las orejas. Era una mujerona, apoyada en una vara de aguijón... Parecía pedir limosna, pues tendía la mano izquierda; pero el curita, que había sido estudiante, vio que lo que hacía la supuesta mendiga era una seña indecorosa. Adquirió energía, prestada por la indignación.

Rápidamente sacó del arzón una pistola y la amartilló. La mujer pegó un salto, y en su atezado rostro, que alumbraban los últimos reflejos del Poniente, se pintó una especie de terror animal, el espanto del lobo cogido en la trampa. No podía el curita adivinar la causa de este fenómeno, en la capitana extraña. Convencida de que no existía cura ni trajinero que se

atrebiese a salir solo de Cebre a tales horas, había licenciado hasta la mañana siguiente a su gavilla y se retiraba; al ver un barbilindo de curita que se aventuraba en el camino, había querido jugarle una pasada; pero el ruido del gatillo la hacía temblar y le aconsejaba como único recurso la fuga. Dio un salto de costado hacia el pinar, y el joven abad, picando a su viva yegua, se le fue encima, la alcanzó y la atropelló. Saltó él de su montura, empuñada la pistola; pero *la Loba*, sin darle tiempo a nada, desde el mismo suelo en que yacía, se le abrazó a las piernas y logró tumbarle. Le arrancó la pistola, que arrojó al seto, y después le echó al cuello las recias y toscas manos, y apretó, apretó, apretó...

El pinar, el cielo, el aire, cambiaron de color para el pobre abad. Primero lo vio todo rojo, luego, grandes círculos cárdenos y violáceos vibraron ante sus ojos, que se salían de las órbitas.

No fue él, no fue su razón; fue el puro instinto el que guió su mano derecha en busca del cuchillo oculto en el pecho. Y mientras *la Loba* reía con torpes carcajadas del espectáculo del cura sacando la lengua, a tientas la mano impulsó el arma. La terrible argolla de las manos de la capitana se abrió y ella cayó hacia atrás con el pecho atravesado...

Carne de perro tienen los bandidos. *La Loba* curó... Pero su ánimo quedó quebrantado, su prestigio enflaquecido, deshecha su leyenda. ¡Vencida Pepona por una madamita de cura mozo!

Y el nuevo capitán general que vino a Montañosa -veterano que gastaba malas pulgas-, tanto persiguió a la gavilla, que los señores abades pudieron volver en paz, ya anochecido, a sus rectorales.

## Actividades

1. ¿Quién es la protagonista del cuento? ¿Cómo se le describe? ¿Quién lo hace?
2. ¿Qué tipo de narrador aparece en este relato? Toma ejemplos del texto que apoye tu razonamiento.
3. Analiza la estructura del relato.

## **Actividad 11: Llegamos al siglo XX. Wenceslao Fernández Flórez y *Yo y el ladrón*.**

### **Introducción: la prosa del siglo XX.**

La novela se movió de 1900 a 1939 entre la continuación de las dos corrientes más importantes de finales del siglo XIX (Realismo y Naturalismo) y la creación de un nuevo modelo narrativo que rompiera con aquellas corrientes heredadas.

Los escritores realistas y naturalistas continuaron escribiendo en este periodo y ésta fue la principal forma de pervivencia de aquellas formas novelescas, aunque criticadas y repudiadas por muchos escritores más jóvenes. Pero también fueron continuadas por otros novelistas de las nuevas generaciones; en unos casos casi sin variaciones y, en otros, con una evolución del modelo realista.

Entre los escritores que intentaron hacer evolucionar el Realismo se encuentra el principal novelista de este periodo, Pío Baroja. Por otra vía, la del humor, se dirigió Wenceslao Fernández Flórez; y por la de la novela social lo hicieron autores como Manuel Ciges Aparicio, Joaquín Arderius o José López Pinillos.

La ruptura con el Realismo se produce en la obra de una serie de escritores que pretendieron cuidar más los aspectos formales; Entre los escritores que pretendieron conseguir en sus obras este cambio de la técnica narrativa están algunos de los mejores escritores de la época: Ramón María del Valle-Inclán, Gabriel Miró y Ramón Gómez de la Serna.

Otra forma de ruptura la constituyó la llamada "novela intelectual"; en muchos casos estuvo relacionada con la novela formalista ya citada, pero aunque su preocupación por el estilo fue grande, su interés primordial fue la transmisión de unas ideas. Este tipo de novela es el que más próximo estuvo al ensayismo. En este grupo de novelistas hay que situar a Miguel de Unamuno, Azorín y Ramón Pérez de Ayala.

### ***Yo y el ladrón*. Wenceslao Fernández Flórez.**

Cuando el señor Garamendi se marchó a veranear, me dijo:

- Hombre, usted, que no tiene nada que hacer. Présteme el favor de echar, de cuando en cuando, un ojo a mi casa.

No es cierto que yo no tenga nada que hacer, y el señor Garamendi lo sabe perfectamente; pero él opina que cuando uno no sale a veranear, y no es por causa de algún gran negocio, es para dedicarse totalmente al descanso, con la voluptuosa pereza de no buscar los billetes ni cargar con la familia. Me limité a preguntar:

- ¿Qué entiende usted exactamente por “echar un ojo”?

- Creo que está bien claro –contestó de mal humor.
- ¿Debo pasearme por las habitaciones de su casa con un ojo abierto, posando sucesivamente la mirada en los muebles, en los...?
- No. ¡Qué tontería! Quiero decir que me agrada que pase usted algún día frente al edificio y vea si siguen las persianas cerradas, y que le pregunte al portero si hay novedad, y hasta que suba a tantear la puerta. Usted no sabe nada de estos asuntos, pero en el mundo hay muchos ladrones, y entre los ladrones existe una variedad que trabaja especialmente durante el verano, y es a la que más temo. Se enteran de cuáles son los pisos que han quedado sin moradores, y los desvalijan sin prisas y cómodamente. Algunas veces se quedan allí dos o tres días viviendo de lo que encuentran, durmiendo en las magníficas camas de los señores, eligiendo concienzudamente lo que vale y lo que no vale la pena llevarse. No hay defensa contra ellos. La primera noticia que se tiene es el desorden que se advierte en la casa al volver, cuando ya todo es irremediable y lo robado está mal vendido u oculto.
- Bueno –concedí, bostezando-; pues echaré ese ojo.

La verdad es que no pensaba hacerlo. Garamendi abusa un poco de mí con sus encomiendas engorrosas desde que me hizo dos o tres favores que él recuerda mejor que yo. Luego..., luego me abrumba con sus gabanes, con sus puros, con sus gafas, con su vientre, con sus muelas de oro. Cuando descubro un nuevo defecto en él, tengo un placer íntimo. Entonces le encontré pusilánime. Tener miedo a los ladrones me pareció la más grotesca puerilidad. Yo no creo en eso.

Pasaron los días; me recreé en el calorcillo de Madrid, me senté en algunas terrazas, recordé mi niñez volviendo a ver las viejas películas que los cines exhiben a bajo precio en estos meses, y una tarde que estaba más ocioso y más emperezado que nunca en mi despacho, pensando vagamente en que era demasiado ascético al dormir tan sólo una hora de siesta, cuando nada me impedía dormir dos, y que la humanidad no me agradecería jamás este sacrificio, recordé de repente:

¡Anda! Pues no he pasado ni una sola vez ante la casa de Garamendi.

Y únicamente, lo aseguro, para poder darle mi palabra de honor de que había atendido su encargo, aproximé lentamente mi mano al teléfono y marqué su número.

Oí medio desmoronado en la butaca, el ruido del timbre que sonaba en la desierta vivienda del veraneante. ¡Trrrrr...! ¡Trrrrr...!

Y... nada más.

Una voz apagada, desconocida, llegó por el hilo:

- ¿Diga?
- ¿Cómo “diga”? –exclamé, extrañadísimo.

La voz se hizo atiplada como la de las máscaras que disimulan, y clamó con una alegría que no venía a cuento:

- ¡Sí, sí! ¡Es aquí, es aquí! ¿Cómo está usted? –Me quedé estupefacto.
- Oiga –hablé-, ¿me hace el favor de decir qué está haciendo...? –Siguió un silencio embarazoso.
- ¿No será usted un ladrón? –Nueva pausa.
- Si es usted un ladrón, no me lo niegue –exigí.

- Bueno –dijo la voz, ya con acento natural, un poco ronca-. La verdad es que, en efecto, soy un ladrón.
- ¡Pues me ha fastidiado usted, porque tengo mucha amistad con el señor Garamendi, y me encargó al marchar que vigilase su casa! A ver ahora qué le digo.
- Puede usted contarle lo que sucede –insinuó la voz, un poco acobardada.
- ¡Bonita idea! –protesté-. ¿Cómo voy a confesarle que estuvimos dialogando? Aún, si usted no hubiese cometido la idiotez de contestar...
- Fue un impulso espontáneo –se disculpó-. Estaba aquí, junto al teléfono; sonó y, maquinalmente, me puse al habla. Yo también tengo teléfono, y la costumbre...
- ¡Vaya conflicto! Crea usted que lo siento de veras.
- Claro que si le pido que deje ahí todo y vaya a entregarse a la comisaría más próxima...
- No; no lo haría... ¿Para qué engañarle?
- Al menos, dígame: ¿se lleva usted mucho?
- No hablemos de eso; una porquería. Perdona si le ofendo, pero ese amigo de usted no tiene nada que le quite a uno de cuidados.
- ¡Hombre, no me diga...! La escribanía de plata es maciza y valiosa...
- Ya está en el saco, y unas alhajitas y el puño de oro de un bastón y dos gabanes de invierno. Nada. No es negocio.
- ¿Vio usted una bandejita de plata que debe de haber en el comedor, con unas flores en relieve?
- Sí.
- ¿Está en el saco?
- No. Las otras, sí; pero esa apenas tiene un baño; es de metal blanco.
- Bien; pero no negará que es bonita.
- No vale nada.
- Llévesela usted.
- No quiero.
- ¡Llévesela usted, idiota! ¿No comprende que si la deja van a darse cuenta de que no es de plata? Y... se la he regalado yo. Llévesela.
- En fin..., por hacerle un favor: pero sólo me servirá de estorbo.
- ¿Ha recorrido ya toda la casa? Yo no conozco más que el despacho. Creo que está bien puesto, ¿no?
- ¡Psch! Muchas pretensiones; poco gusto. Debe tratarse de un caballero roñoso.
- Es triste, pero no lo puedo negar. Y también es cierto que carece de gusto. ¿Quiere usted creer que tiene dos escupideras en el salón?
- ¡No!
- Como usted lo oye. ¿No ha entrado nunca en el salón? Pues se ha perdido un espectáculo divertido. Yo tengo costumbre de visitar casas bien amuebladas, y le aseguro que ésta es una calamidad.
- ¡Vaya señor! Siempre me pareció que Garamendi presumía demasiado. Ahora que... la alcoba de la señora..., de ésa sí que dicen que es un estuche, ¿verdad? Garamendi afirma que le costó una fortuna. ¿Cómo es, cómo es?
- No me fijé en detalles... ¿Quiere usted que vuelva?
- ¡Oh, por Dios! No vaya usted a creer que me gusta el cotilleo. Era por... ¡qué sé yo!

- Lo que encontré allí fueron pieles bastante buenas.
- Lo creo. Tiene una capa de *renard*.
- Está en el saco. Y un gabán de cibelina.
- Sí; eso vale más, pero también es más llamativo. Lo envidiable es la capa de *renard*.
- ¿Le gustaba a usted?
- Le gustaba a Albertina... una amiga mía...; para decirlo de una vez: a mi novia. Un día vimos a la señora de Garamendi con su capa y Albertina no habla de otra cosa. Creo que me quiere menos porque piensa que nunca podré regalarle unas pieles de zorro como ésas.
- ¿Quién sabe? ¡Caramba! No hay que amilanarse.
- No... nunca; es bien seguro...

Un silencio.

- Oiga..., señor.
- Dígame.
- Si usted me permite, yo tengo mucho gusto en ofrecerle esas pieles...
- ¡Qué disparate!
- Nada... Me ha sido usted simpático y...
- Pero... ¿cómo voy a consentir...? ¿Va usted a quedarse sin ellas por...?
- No se preocupe. Yo ya tengo las otras, y no va a ser uno más pobre...
- ¡Ea, que no!
- Bien: pues entonces se las ofrezco a Albertina. Ahora no podrá usted desdeñarlas. Piense en la alegría que tendrá...
- Sí; eso es cierto...
- ¿A dónde las envió?

Le di mis señas.

- ¿Manda usted algo más?
- Nada más. Y muy reconocido. Que termine “eso” con suerte.
- Gracias, señor.

## Actividades

1. Analiza el tipo de narrador.
2. ¿En qué radica el sentido humorístico de este relato?

## SECUENCIA 3- ÉRASE UNA VEZ...

Para terminar con el proyecto, en esta unidad vais a planificar, escribir y presentar un cuento ante el resto de vuestros compañeros y compañeras. A lo largo de la unidad encontraréis toda la ayuda necesaria para llegar al proyecto final. La planificación en castellano está pensada de forma breve, ya que en Euskara habéis trabajado con profundidad este aspecto.

## **Actividad 12: Planificamos la historia y todos sus elementos.**

Ha llegado el momento de producir **vuestros propios cuentos**. Para hacerlo podéis colocaros por parejas. ¡Trabajar entre dos es siempre más fácil!

Aun así, escribir nunca fue tarea sencilla ni espontánea, sino que requiere planificación y reflexión.

Antes de escribir, deberéis seguir los siguientes pasos:

- ➔ Pensar y decidir cuáles van a ser todos los elementos de vuestro relato. Este paso es fundamental para que logréis un cuento estructurado y correctamente narrado.
- ➔ Preparar y describir los rasgos principales del protagonista y los personajes principales, así como los espacios en los que se van a mover éstos.
- ➔ También deberéis decidir qué descripciones vais a incluir y en qué momentos dialogarán los personajes.

Para realizar estas labores previas a la redacción del borrador, en las siguientes páginas tenéis unas tablas que os facilitarán el trabajo:

### **1. TABLA PARA LA PLANIFICACIÓN DE LOS ELEMENTOS**

### **2. TABLA PARA LAS DESCRIPCIONES DE ESPACIOS Y PERSONAJES**

### **3. TABLA PARA LA PLANIFICACIÓN DE LAS SECUENCIAS DESCRIPTIVAS Y DIALOGADAS.**

Una vez completadas las tablas, escribiréis el borrador de vuestro cuento, lo repasaréis con la ayuda de la plantilla de la actividad 15 y luego se lo enseñaréis al profesor.

### **TABLA PARA LA PLANIFICACIÓN DE LOS ELEMENTOS**

<b>PERSONAJES</b>	Protagonista
	Principales
	Secundarios
<b>MARCO DE LA NARRACIÓN</b>	Espacio:
	Tiempo: → Época en el que se desarrolla el cuento  → Tiempo de duración de la historia
<b>ARGUMENTO</b>	Introducción: → Situación inicial: → Suceso que rompe el equilibrio:
	Desarrollo: → Acontecimientos principales:  → Suceso que provoca el cambio
	Desenlace:
<b>NARRADOR</b>	

**TABLA PARA LAS DESCRIPCIONES DE ESPACIOS Y PERSONAJES**





Para comenzar con la redacción del cuento debéis usar en lugar la primera tabla. Normalmente se suele comenzar la historia enmarcándola en el espacio y en el tiempo y presentando al personaje central, es decir, se comienza con la situación inicial. Seguidamente deberéis desarrollar el suceso que rompe el equilibrio y desencadena el desarrollo de la trama; siguiendo el orden cronológico, relataréis el resto de acontecimientos hasta llegar al final.

Recordad que también habéis decidido, con la ayuda de las otras dos tablas qué personajes y qué espacios vais a describir, y en qué partes de la narración vais a introducir esas descripciones, además de los diálogos entre los personajes. Por lo tanto, según vais escribiendo id revisando esas tablas, para que no se os olvide incluir alguna descripción o algún diálogo.

Veamos un ejemplo para que todo quede más claro; en la unidad anterior habéis leído la leyenda de *El monte de las ánimas*, ¿La recordáis? Si no es así, podéis volverla a leer; de todas formas consultadla, para comprobar que la planificación que aparece a continuación es la correspondiente a ese relato.

PLANIFICACIÓN DE ELEMENTOS	
<b>PERSONAJES</b>	Protagonista: Beatriz y Alonso
	Secundarios: las familias de Beatriz, los condes de Borges, y la de Alonso, los condes de Alcuéscar. Pajes, caballeros, dueñas.
<b>MARCO DE LA NARRACIÓN</b>	Espacio: Soria, el monte de las Ánimas, palacio de Alonso, habitación de Beatriz
	Tiempo: <ul style="list-style-type: none"> <li>→ Época en el que se desarrolla el cuento: Edad Media</li> <li>→ Tiempo de duración de la historia: desde el anochecer hasta la mañana del día siguiente.</li> </ul>
<b>ARGUMENTO</b>	Introducción: <ul style="list-style-type: none"> <li>→ Situación inicial: cacería en el monte de las Ánimas</li> <li>→ Suceso que rompe el equilibrio: al llegar la noche y como es el día de Todos los Santos, abandonan el monte debido a la leyenda de los Templarios, historia que Alonso relata a Beatriz</li> </ul>
	Desarrollo: <ul style="list-style-type: none"> <li>→ Acontecimientos principales: llegada a casa de Alonso, después de la cena Alonso le regala una prenda a Beatriz, ésta le pide a su primo que busque su banda en el monte, Alonso se va al monte, Beatriz pasa una noche de insomnio y terror.</li> <li>→ Suceso que provoca el cambio: aparece la cinta ensangrentada en la habitación de Beatriz</li> </ul>

	Desenlace: ella enloquece y muere de horror; el chico ha muerto devorado por los lobos. Se dice que el fantasma de Beatriz vaga por el monte de las Ánimas.
<b>NARRADOR</b>	Narrador externo de 3ª persona, omnisciente.

<b>DESCRIPCIONES DE ESPACIOS Y PERSONAJES</b>	
<b>PERSONAJES</b>	<p><b>Protagonista</b></p> <p>Alonso: se describe a través de su conducta con Beatriz, es amable (le ofrece un regalo) y leal (a pesar del miedo, hace lo que le pide su prima)</p> <p>Beatriz: también se describe a través de sus acciones; es malvada (sabe que su primo cree la leyenda del monte de las Ánimas, pero lo envía allí) El narrador también utiliza adjetivos valorativos para referirse a ella (por ejemplo, dice que tiene una sonrisa diabólica). Luego se describe su estado tras ver la cinta ensangrentada en su habitación (ojos desencajados, la boca entreabierta...)</p>
<b>ESPACIOS</b>	<p><b>Espacio 1:</b> salón del palacio de los condes de Alcudiel: chimenea encendida, todos alrededor charlando, se oye el viento azotando las ventanas.</p> <p><b>Espacio 2:</b> la habitación de Beatriz, cortinas dobles de seda, cama con cortinas, reclinatorio al lado de la cama...</p>

<b>SECUENCIAS DESCRIPTIVAS Y DIALOGADAS</b>		
<b>PARTES DE LA HISTORIA</b>	<b>DESCRIPCIÓN</b>	<b>DIALOGO</b>
<b>INTRODUCCIÓN</b>	Anochece en el monte de las Ánimas	Alonso explica a su prima que deben volver y le cuenta la leyenda.
<b>DESARROLLO</b>	Salón de los condes Habitación de Beatriz	Diálogo entre Alonso y Beatriz  Pensamientos de Beatriz, a través de la voz del narrador (estilo indirecto)
<b>DESENLACE</b>	Descripción del estado de Beatriz a la mañana	

## Actividad 14: Revisamos el borrador y lo corregimos, antes de entregarlo.

Antes de pasar a limpio vuestro trabajo y antes de entregárselo al profesor, tenéis que revisar y evaluar el trabajo. Esta plantilla os ayudará.

### PLANTILLA PARA LA REVISIÓN Y EVALUACIÓN DEL BORRADOR.

CRITERIOS DE EVALUACIÓN	V	F
Respetar la plantilla de los elementos de la historia		
Es acorde a las descripciones planteadas para personajes y espacios		
Respetar la planificación de las secuencias descriptivas y dialogadas		
El relato está claramente estructurado y las partes se distinguen tipográficamente.		
Las descripciones de espacios y personajes son adecuadas		
En el diálogo entre personajes se utiliza un registro coloquial y /o adecuado a los personajes.		
El registro del narrador es el adecuado		
Rasgos lingüísticos: <ul style="list-style-type: none"><li>▪ Tiempos verbales adecuados a la narración (pasados)</li><li>▪ Persona verbal adecuada al narrador elegido.</li><li>▪ Conectores temporales para marcar el paso del tiempo.</li><li>▪ Conectores espaciales en las descripciones.</li></ul>		
La historia es entretenida y suscita la curiosidad.		
La ortografía y la puntuación son correctas.		

Después de la revisión, corregid los posibles errores, pasad todo a Word y entregad una copia de vuestro trabajo al profesor.

## SECUENCIA 4- ÉSTOS SON NUESTROS CUENTOS.

### Actividad 15: Leemos y valoramos los cuentos.

Cada pareja conocéis el cuento que habéis escrito, pero... no nos vamos a quedar sin leer el resto, ¿no?

En las próximas horas de clase, los leeremos todos y luego los valoraremos. Entre todos elegiremos el cuento que más no haya gustado. Con todos ellos haremos una antología de cuentos que llevaremos a la biblioteca para que todos vuestros compañeros puedan disfrutar de la lectura, como lo habéis hecho vosotros.

Cada pareja leerá el cuento en clase y luego todos lo valoraremos utilizando la siguiente plantilla. Vuestro profesor os dará una copia de la misma para cada cuento. La valoración se realizará en parejas.

### FICHA PARA LA VALORACIÓN DE LOS CUENTOS

Cuento: .....	Valoración				
El título es atrayente	1	2	3	4	5
La historia es entretenida y suscita curiosidad	1	2	3	4	5
La historia es verosímil	1	2	3	4	5
El relato está ordenado y bien estructurado.	1	2	3	4	5
El narrador elegido es el adecuado.	1	2	3	4	5
El relato está ubicado correctamente en el tiempo y en el espacio.	1	2	3	4	5
Los personajes están bien caracterizados.	1	2	3	4	5
Los diálogos son adecuados y significativos.	1	2	3	4	5
Las descripciones son concisas y significativas.	1	2	3	4	5
La lectura ha sido expresiva y correcta	1	2	3	4	5

## AUTOEVALUACIÓN

Después de haber leído y valorado todos los cuentos, sólo nos queda reflexionar sobre el proyecto, evaluando las actividades, las tareas realizadas, metodología, etc. Para

### CUESTIONARIO PARA VALORAR EL PROYECTO

1. ¿Qué contenidos te han parecido más interesantes? ¿Y menos?
  - a. Los textos que hemos leído.
  - b. Toda la reflexión teórica sobre la narrativa y sus correspondientes actividades.
  - c. El recorrido por la narrativa castellana
  - d. La creación del cuento.
  - e. La lectura y valoración de los cuentos, tanto el propio como los ajenos.
2. ¿Alguna actividad te ha resultado especialmente difícil?
3. ¿Qué contenidos tendríamos que haber trabajado con más profundidad?
4. ¿Qué contenidos podrían suprimirse?
5. ¿Has tenido ayuda suficiente para elaborar la producción final?
6. ¿Crees que has adquirido conocimientos que pueden ser útiles fuera del ámbito escolar? ¿Cuáles?
7. ¿Cómo valoras en general esta unidad?
  - a. Contenidos:
  - a. Metodología:
  - b. Materiales:
  - c. Ritmo de trabajo:
8. ¿Cómo podríamos mejorar la unidad? Sugerencias: